

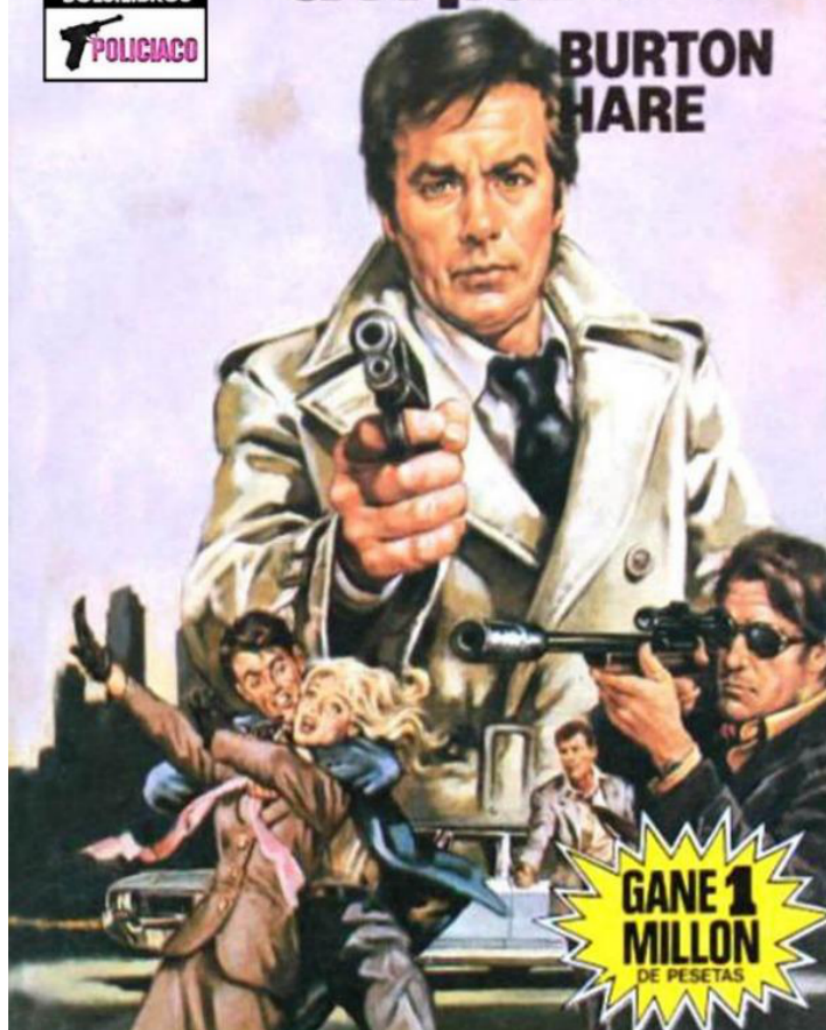
**BRU
GUE
RA**

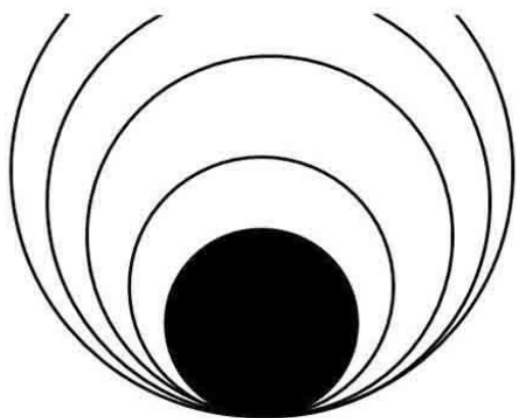
BOLSILIBROS

T POLICIACO

La caza del pardillo

**BURTON
HARE**





PUNTO ROJO



BURTON HARE

LA CAZA DEL PARDILLO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.171
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

1ª edición: enero, 1985

1ª edición en América: julio, 1985

© Burton Haré - 1985

texto

© Norma - 1985

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 40.309 - 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Selección Terror
Héroes del Espacio

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando todo aquello empezó, yo era el tipo más pacífico y rutinario de la creación. A veces leía en los periódicos las hazañas de los gangsters y pistoleros, o los éxitos de arriesgados policías y detectives que resolvían un caso peliagudo a tiro limpio y pensaba que eran gentes de otra galaxia, hombres distintos de los demás.

Realmente, cuando uno lee todo eso en los diarios nunca piensa que la cosa pueda sucederle a él. Siempre es algo que les ocurre a los demás, a desconocidos con los que no quisiera tener jamás el menor trato.

Bueno, los acontecimientos me obligaron a cambiar de opinión.

Empezó un día cualquiera, cuando salí del trabajo.

Había tenido un día duro, uno de esos días en que uno mira constantemente el reloj con la impresión de que no avanza, de que el tiempo se ha detenido. El cajero jefe había refunfuñado en mi nuca un par de veces, hube de repetir unos largos cálculos porque las sumas no cuadraban, y al final el cajero soltó un gruñido de disgusto cuando una montaña de billetes de veinte dólares escapó de mis manos y se desparramó por toda la mesa.

Bien, el reloj avanzaba como todos los días, así que llegó la hora y el mecanismo eléctrico cerró las enormes rejas de la entrada. Alguien hizo un comentario chistoso sobre lo que pensaba hacer después de cenar y yo cerré los balances sin un céntimo de diferencia.

El cajero jefe estaba satisfecho.

Yo sólo estaba impaciente por salir.

Las calles hervían de gentes apresuradas. En algunos escaparates se encendían las luces y puñados de mirones se extasiaban ante las maravillas expuestas y tentadoras.

Yo nunca me paraba ante ninguno. Sabía que la mayoría de artículos expuestos estaban fuera de mi alcance, así que no valía la

pena perder el tiempo.

Caminé sin prisas rumbo a la casa donde tenía alquilado un diminuto apartamento, cuyas ventanas daban a un callejón estrecho y maloliente. Pensaba cenar cualquier cosa y luego ir al cine. Ésas eran entonces todas mis preocupaciones, mientras me abría paso entre la multitud.

Al doblar una esquina decidí que podía darme el placer de tomar una cerveza fría y entré en el bar que, desde hacía tiempo, regentaba un hombre corpulento y jovial llamado Buchanan.

De modo que entré y pedí la cerveza. Era un local pequeño y tranquilo.

Apenas acababa de servirme cuando lo vi enderezarse y mirar muy interesado hacia la puerta.

Yo también miré.

Valía la pena hacerlo.

Una muchacha se había detenido en el umbral, y puedo jurar que era la chica más bella y atractiva que había visto en mi vida.

Entró al fin y se encaramó a un taburete, no lejos de donde yo estaba.

La oí pedir un manhattan y la observé de soslayo.

Tenía unas piernas magníficas, largas y de tobillos finos, como deben ser los de las bailarinas.

Su cuerpo era prieto, con pequeños y atrevidos pechos que tensaban la delgada blusa que llevaba. Cuando la miré a la cara sorprendí sus ojos fijos en mí y por poco me caigo del taburete.

Pensé que estaba molesta por mi escrutinio, así que me dediqué a la cerveza, pero sin dejar de pensar en la muchacha, en sus piernas y todo lo demás.

No es que yo fuera un obseso sexual ni nada de eso. Un ayudante de cajero de un banco no puede permitirse cometer ninguna clase de excesos si quiere conservar el empleo y prosperar, y ése es un trabajo seguro y con buen porvenir. El cajero jefe no cesaba de repetírmelo y yo había acabado por hacer mía esa idea.

Cuando volví a mirarla con disimulo, ella saboreaba su bebida y no se preocupaba de nada más. Aproveché para volver a recorrerla con la mirada. ¡Qué hermosa era!

—Es todo un bomboncito —musitó Buchanan con voz contenida.

No repliqué, y en aquel instante ella volvió a sorprenderme

espiándola.

Movió levemente la cabeza y sonrió.

Desvié la mirada. Me sentía ridículo. Quizá otro en mi lugar hubiera intentado una aproximación, un ligue como dicen ahora. A mi esa idea ni siquiera me pasó por la imaginación.

Ignoro por qué en aquellos instantes pensé en mi amigo Morton Carew, un tipo medio loco, que bebía más de la cuenta y pintaba unos horribles lienzos que a mí me dejaban frío, pero que vendía invariablemente sin dificultad.

Le conocía desde mis tiempos de escuela.

Bueno, pensé en él quizá porque estaba seguro de que Morton sí se atrevería a asediar a la muchacha. Tenía una cara muy dura y era resuelto, vividor y alegre.

Pero yo no. Para llegar a cajero jefe de un buen banco hay que ser un hombre íntegro, sin vicios ni debilidades. Yo reunía esas cualidades, aunque en ocasiones sintiera deseos de mandarlo todo al infierno, rebelándome contra un sistema de vida que Morton calificaba de bestializante. Según él, nos convertía en pequeños, tristes e inofensivos animales de costumbres, rutinarios como una máquina, incapaces de crear ni de gozar de la vida.

Bueno, Malón estaba medio loco.

Volví a mirarla con disimulo. Era adorable. La vi revolver en su bolso y de pronto se puso rígida. Su mano volvió a bucear en las profundidades del bolso, muy nerviosa.

Al fin levantó la mirada hacia Buchanan. Me pareció asustada, con una mirada de desconcierto en sus grandes ojos verdes.

El dueño del bar dijo:

—¿Le ocurre algo?

—Bueno, yo...

Su voz se quebró. Era una voz cálida, un poco ronca quizá.

—¿Sí?

—He olvidado el dinero en casa. Lo... lo siento.

Buchanan hizo una mueca desagradable.

—¡No me diga! —cacareó—. Podía haberse asegurado antes de pedir su bebida.

—Ya le digo que lo siento mucho. Volveré y le traeré el dinero.

—¿Cuándo será eso, el año próximo?

Ella se irguió. Estaba ofendida sin duda, pero también

desconcertada.

—¡Le traeré su dinero! —repitió—. No soy una cualquiera.

—¡Oh, claro que no! Apuesto que vive en la Quinta Avenida...

—No tiene usted derecho a hablarme de ese modo. Después de todo es sólo el importe de una bebida.

—Claro, claro... Una bebida. Pero yo he tenido que pagar los ingredientes, ¿sabe? Y los impuestos, y...

Aún ahora no he logrado averiguar cómo tuve el valor de intervenir.

Dije:

—Olvídelo, Buchanan, yo pagaré esa copa.

Los dos me miraron. El propietario del bar se encogió de hombros. Ella tenía las mejillas arrojadas y estaba más hermosa que nunca.

Balbuzeó alguna cosa que no entendí. Luego saltó del taburete y vino hacia mi permitiéndome bucear en la verde profundidad de sus grandes ojos agradecidos.

—Es usted muy amable —balbuzeó—. No me había ocurrido nunca una cosa tan absurda.

—No... no es nada raro. Una distracción la tiene cualquiera. No se preocupe.

—Me llamo Janina Berg.

—Yo, Robert Larsen.

Espontáneamente me tendió la mano. Sentir sus dedos en los míos me produjo el mismo efecto que una descarga eléctrica. Su piel era suave y tibia, sedosa. Apretó los dedos sin que su mirada se apartara de mí.

—Apuesto que sus amigos le llaman Bob —dijo.

—Bueno, sí, aunque no tengo demasiados amigos.

—¿Por qué?

—¿Cómo?

—Debería tenerlos. Es usted simpático. ¿Por qué no los tiene?

Apurado, desvié la mirada.

—Pues no lo sé, aunque Morton asegura que es debido a mi clase de vida y a mi trabajo.

—¿Morton?

—Él es pintor. De cuadros, no vaya a creer otra cosa.

Por un instante pareció desconcertada. Luego volvió a sonreír, y

una vez más me sorprendí a mí mismo al proponerle:

—Pida otra bebida, aunque sea para tranquilizarse.

Lo hizo y yo pedí otra cerveza.

Buchanan había dejado de gruñir y nos sirvió rápidamente.

Minutos después, con los vasos nuevamente vados, ya era como si nos conociéramos de toda la vida. La muchacha reía y hablaba despreocupadamente y yo sentía algo muy raro, algo como nunca antes había experimentado junto a una mujer.

De pronto, Janina dijo:

—Te devolveré el dinero, Bob.

—Olvidalo, no me arruinaré por eso.

—Pero quiero devolvértelo. Me has sacado de un desagradable apuro... Ese hombre se mostró tan desagradable que no quiero pensar cómo habría terminado la discusión.

—Bueno, Buchanan no es tan terrible como parece.

Aproveché para llamarle y el hombre vino sin una palabra. Ahora que sabía que no iba a perder dinero todo estaba bien para él.

Aboné las bebidas. Janina dijo resueltamente:

—Vas a venir conmigo. Vivo cerca de aquí, así que no discutas. Te devolveré...

—No.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿No quieres acompañarme?

—Iré contigo, pero no quiero el dinero. Te he invitado y no se hable más del asunto.

—Bueno, entonces te invitaré yo.

Salimos y echamos a andar uno al lado del otro.

Ya no había tanta gente en las aceras, pero sí la suficiente para no disponer de mucha intimidad a pesar de tenerla tan cerca.

Para entonces yo comenzaba a tener ciertas ideas respecto a la muchacha.

Resultó que no vivía tan cerca como dijera. Pero al fin llegamos ante un gran edificio de apartamentos. Era una enorme colmena impersonal en la que nos perdimos por los ascensores y pasillos hasta que ella se detuvo ante una puerta. La abrió y entramos.

No había lujos. Era uno de esos apartamentos que se alquilan amueblados y que cada inquilino, si lo desea, les añade algunos

toques que delatan su personalidad. Pensé que la muchacha no se había molestado en darle nada de sí misma.

—Tengo *whisky* —anunció, quitándose la chaqueta—. Es bueno, me costó mucho dinero.

—No bebo licor, sólo cerveza.

Me miró asombrada.

—¿Hablas en serio, Bob?

—Claro.

Sacudió la cabeza.

—No tengo cerveza, y no aceptaré que rechaces mi invitación, así que beberemos juntos, aunque sólo sea un trago. Después...

No terminó la frase y se fue a preparar las bebidas.

Apenas podía creer en mi suerte. Nunca me había sucedido nada tan deliciosamente excitante, ni nunca en sueños había tenido la oportunidad de hacer nada con una mujer tan bella.

Janina volvió con dos vasos. Brindamos ligeramente y los vaciamos como si los dosuviéramos prisa por terminar ese rito cuanto antes.

Después ella me quitó el vaso vado de la mano y abandonó los dos sobre una mesita. La vi llevarse los dedos a la blusa, y de repente creí que me ahogaba.

La blusa desapareció.

Sus pechos eran prietos y puntiagudos, con los corales de los pezones tensos y excitados.

Me sonrió.

—Ven, querido...

Se apoderó de mis manos y me obligó a cerrarlas sobre sus senos. Al mismo tiempo su boca buscó la mía.

Pensé que era yo quien debía llevar la iniciativa, de modo que la besé.

Bueno, no fue exactamente un beso. Su boca ardía como una llama, y era suave y tierna al mismo tiempo. Sentí la caricia de su lengua y todo comenzó a desvanecerse a mi alrededor.

Su cuerpo palpitaba en mis manos. Eso lo recuerdo perfectamente, así como las ansias que bruscamente despertaban en mí.

Ansia por sentirla apretada contra mi cuerpo, por poseerla, por gozar de su entrega, de su juventud; ansias de sentirla mía hasta el

delirio y el éxtasis.

Justo en aquel instante me apagué como una vela.

Fue como si ella se alejara de mí flotando en el aire, mientras mis piernas cedían y yo rodaba sobre la alfombra.

Aún la vi igual que difuminada en la niebla mientras se inclinaba sobre mí. Sus grandes ojos parecían angustiados.

Dijo:

—Lo siento, cariño; lo siento mucho, de veras...

Desapareció y todo fue oscuridad.

CAPÍTULO II

La primera sensación que tuve cuando volví a vivir fue que la tierra se movía suavemente debajo de mí. Después capté el ruido de un motor y comprendí que estaba viajando en coche.

No recordaba nada, ni siquiera quién era yo. Después sí, después recordé todo de golpe y abrí los ojos.

Una voz bronca y desagradable graznó a mi lado:

—Ya vuelve, Booth.

Hubo un gruñido en alguna parte.

Miré por la ventanilla, aturdido, incapaz de reaccionar porque me sentía desbordado por los acontecimientos. Recordaba a Janina, y sus pechos en mis manos, y su boca que ardía contra la mía. Luego, oscuridad...

Nada tenía sentido.

Volví la cabeza. Un hombre grande estaba sentado a mi lado en el asiento posterior de un gran coche. Tenía una mueca burlona en su cara desagradable y me miraba como si yo fuera un espécimen de otro planeta.

—¿Qué pasó, quiénes son ustedes? —Creo que dije.

El que conducía se echó a reír.

El de mi lado movió la mano derecha delante de mí. Empuñaba una enorme pistola automática.

—¿Sabes qué es eso, chico? —preguntó.

—Claro...

—Una 45. Hace unos agujeros por los que pasa un puño, de modo que pórtate bien y no me obligues a utilizarla.

Me entró el pánico. Por la ventanilla vi desfilas velozmente oscuras calles, sombrías y desiertas. No conocía aquellos lugares.

—No entiendo nada. ¿Qué se proponen, adónde vamos?

—Haces demasiadas preguntas.

—Oiga, ahora lo comprendo. Se trata de una equivocación, estoy

seguro...

De nuevo el conductor dejó ver una risa desagradable.

El otro gruñó:

—Nosotros no nos equivocamos. ¡Y cierra el pico!

El miedo agarrotaba mis miembros, me sentía igual que paralizado. Hice esfuerzos por serenarme, por pensar con calma, por comprender algo de lo que estaba pasándome.

No lo conseguí, pero logré dominar mi voz y pregunté:

—¿Adónde me llevan? Eso pueden decírmelo, por lo menos.

—Lo verás cuando llegues, pardillo.

—No pueden tener nada contra mí. Nadie puede...

—¡Que te calles!

Blandió la pistola delante de mi cara y cerré la boca.

Era demencial. De un modo absurdo dadas las circunstancias se me ocurrió pensar en mi trabajo. Iba a perder la noche, eso estaba claro. Antes de que se dieran cuenta de que se habían equivocado de hombre, perdería toda la noche, y yo tenía que estar en mi puesto de trabajo a la mañana siguiente. No había faltado ni una sola vez, ni un solo día, y eso era muy importante para mi expediente. Un expediente limpio es imprescindible para que le asciendan a uno.

Luego, otra idea saltó en primer plano y no pude contenerme.

—¿Cómo sabían dónde encontrarme, si realmente era a mí a quien buscaban?

Esta vez se rieron los dos. Pero fue el del volante quien graznó entre carcajadas:

—¿Por qué crees que la chica te llevó al nido, idiota? No pensarás que con sólo verte se encaprichó de ti. Si serás memo...

De modo que era eso.

Pero tampoco tenía mucho sentido. Janina no podía...

El que me vigilaba dejó de reír, añadiendo:

—Necesitábamos tenerte en un lugar seguro y tranquilo, por eso la fulana te cazó, y puso un narcótico en el *whisky* tal como se le había ordenado.

—Alguien debe haberse vuelto loco. Y todo eso, ¿por qué?

—Porque no podíamos echarte el guante en tu casa, o en el banco donde trabajas. Son lugares demasiado céntricos y concurridos a todas horas. Demasiado riesgo para un tipejo como

tú. Y ya hemos hablado bastante, chico.

Me dediqué a pensar en lo insólito de cuánto me sucedía. Estaba terriblemente asustado, pero aún albergaba la esperanza de que todo aquello fuera un error.

Las luces pasaban como centellas. Las calles apenas si eran transitadas por gentes aisladas y apresuradas. Seguía sin saber dónde estábamos. Tal vez en Brooklyn.

Unos minutos después, el auto entró en unas callejas en mal estado, oscuras y completamente desiertas. Edificios sin una luz se alzaban aquí y allá, y eso me hizo comprender que, realmente, estábamos en Brooklyn. Había leído muchas veces sobre los viejos edificios abandonados, destinados a derribo. Algunos habían sido incendiados intencionadamente y seguían allí, como negros muñones torturados.

De pronto, el coche se detuvo. El hombre que estaba a mi lado gruñó:

—Vas a andar delante de nosotros sin hacer tonterías, ¿comprendido? Sólo intenta armar escándalo y te meteré un plomo en la espalda.

—Lo único que deseo es hablar con quién sea que dirige toda esta insensatez. Se ha equivocado, eso es todo, y quiero aclararlo.

—Seguro que hablarás con él, pero no esta noche. Vamos, ¡abajo!

Entramos en un edificio cochambroso y que olía a infiernos. A empujones me llevaron delante de ellos, y de repente se encendió una luz y vi unas escaleras que se hundían en la tierra.

Las bajamos hasta un sótano húmedo y frío.

—Aquí estarás cómodo —rió Booth—. Para ti, como si fuera una habitación del Waldorf. Hasta encontrarás comida, y algunas revistas para que te distraigas y no alborotes.

La puerta se cerró detrás de mí, una llave chirrió en la cerradura, y después cayó un silencio total y absoluto, tan sólido como la muerte.

Una débil bombilla pendía del techo y esparcía una luz triste alrededor.

Miré en torno desolado. Las paredes eran de cemento sin pulir, había una mesa vieja y carcomida y una silla tan vieja como la mesa. Sobre ésta un plato sucio contenía varios emparedados.

También descubrí dos revistas junto al plato. Cada vez se me antojaba todo más absurdo.

No había ventanas ni respiraderos de ninguna clase, sólo la puerta, y a juzgar por su aspecto era tan sólida como si fuera de hierro.

Aturdido y asustado, me dejé caer en la silla y traté de pensar con calma.

Así se deslizó el tiempo aquella noche interminable.

CAPÍTULO III

Desperté sobresaltado. La nuca me dolía y estaba aterido de frío. Me había quedado dormido con la cabeza entre los brazos, sobre la mesa.

Miré el reloj. Eran más de las cinco de la madrugada.

Comencé a dar zancadas de un lado a otro para entrar en calor. No lo conseguí hasta mucho más tarde. Fumé el último cigarrillo que me quedaba y me desesperé un poco más. Luego reanudé los paseos de un lado a otro del sótano.

De vez en cuando me detenía junto a la puerta y aguzaba el oído con la esperanza de oír algún rumor al otro lado. Pero lo mismo hubiera sido aplicar el oído a la puerta de la caja acorazada del banco.

Empezaba a pensar que no me soltarían nunca. El miedo se había apoderado en mí, pero también estaba cada vez más indignado. No era para menos teniendo en cuenta que si no me presentaba al trabajo sin dar la menor explicación eso sería una falta muy grave, y constaría en mi expediente.

Para entonces ya no confiaba en que me soltaran a tiempo de llegar a mi puesto a la hora de costumbre.

Y no me soltaron en todo el resto del día.

Hasta las tres de la tarde no se abrió la puerta y entraron los dos individuos que ya conocía.

Booth traía un plato con más emparedados. El otro empuñaba su tremenda pistola, con la que me amenazó obligándome a retroceder.

Cuando mi espalda golpeó contra la pared exclamé:

—¡Ya basta! No tienen derecho a tratarme de ese modo. Exijo que me lleven ante su jefe, o quien sea que dirige ese secuestro intolerable.

Booth dejó el plato sobre la mesa y, riéndose, comentó:

—¿Oyes qué bien parlotea el pájaro? Se nota que ha ido a la escuela.

El otro gruñó:

—Verás al patrón cuando sea el momento. Ahora quédate tranquilo y lo pasarás mejor que si nos ponemos nerviosos.

—¡Maldita sea! ¿Cuánto tiempo va a durar eso?

—Tenemos que hacer un trabajito, pichón. Algo muy importante. Después de eso verás al jefe.

Booth intervino, al dejar de reír, diciendo:

—Dile lo que le espera y quizá entonces deje de dar la lata. Me aburre todo esto. Horas y horas arriba para nada. Éste no va a escapar.

—Ni dejándole la puerta abierta se atrevería. Es un pardillo.

Encima estaban burlándose de mí. Eché a andar hacia Booth dispuesto a averiguar de una vez qué se proponían hacer conmigo, pero me encontré con la pistola cerrándome el paso.

El que la empuñaba masculló:

—Escucha, compañero, no me importa meterte un plomo aquí mismo si te empeñas. De todas maneras lo haré, pero sería mejor en el lugar indicado. Eso nos ahorraría mucho trabajo. ¿Lo entiendes o he de dártelo por escrito?

Sentí que me temblaban las piernas.

—¿Qué está diciendo, se han vuelto locos?

Desde la puerta, Booth refunfuñó, aburrido:

—Cuando hayamos terminado el trabajo te daremos el «paseo». Ya sabes qué es eso, ¿no? Supongo que ves la televisión de vez en cuando.

Se echaron a reír, salieron y la llave giró en la cerradura y volví a quedar solo.

Sólo con el terror, porque ahora ya sabía lo que me esperaba.

¡EL PASEO!

¡Iban a matarme!

La idea estalló en mi cerebro como una bengala de luz, un estallido de pánico que me paralizó.

Estaba sentenciado a muerte.

Eso era todo.

Una y otra vez la idea de la muerte inmediata martilleó mi mente, como si eso fuera necesario para acabar de convencerme de

la tremenda realidad. O quizá fuera que mi subconsciente luchaba para que me habituara a la proximidad del fin, para que no experimentara tanto terror como el que me dominaba en aquellos instantes.

Pero ¿por qué yo?

¿Por qué asesinarme a mí precisamente?

Iba a morir por una equivocación. No podía ser de otra manera, y eso era aterradoramente cómico. Alguien se equivocaba y un hombre moría.

Una especie de contabilidad bancaria. Un chupatintas cualquiera sufría un grave error de cálculo y la cosa le costaba el puesto.

Sólo que a mi ese error de alguien iba a costarme la vida.

No sé cuánto tiempo tardé en salir de la especie de marasmo de estupor en que el miedo me había sumergido. Advertí entonces que estaba sentado en la silla igual que un muñeco roto y sin fuerzas. No había nacido para esta clase de emociones.

Ver situaciones semejantes en el cine o la televisión estaba muy bien. Allí el héroe siempre salía vencedor y era capaz de desnucar a los pistoleros sólo con las manos. De eso se encargaban los guionistas y todo le saldría perfecto. Pero en la realidad la cosa era muy diferente.

Volví a darle vueltas a la idea de mi muerte, buscando el modo de convencer a aquella gente que estaban equivocados, que no podía ser yo la víctima que habían sentenciado a muerte.

Pero era inútil. Sabía que no tenía escapatoria alguna.

Un héroe cinematográfico sabría cómo librarse del encierro, y vencer incluso a los dos matones.

Pero lo mío no era el guion de una mala película.

Era una realidad espeluznante y nada más.

No recordaba ya mi empleo en el banco, ni mis obligaciones, ni nada que no fuera mi muerte inmediata.

Luego, desesperado, repentinamente, la imagen de Janina surgió en mi mente y rechiné los dientes. Era increíble que una muchacha tan joven y tan hermosa fuera cómplice de tamaños asesinos. Pensaba en la manera cómo se había apoderado de mis manos, llevándolas a sus senos para que sintiera el palpar de su carne, de su deseo. Y su boca, ardiendo en la mía... Si algún día pudiera echarle la vista encima...

Sólo que ya nunca más volvería a verla como no fuera en el infierno.

Pasaron horas y horas. Un tiempo eterno preñado de angustia.

Luego, al fin, la puerta se abrió y aparecieron mis dos carceleros. Interpretaban el mismo ritual, uno con la pistola, y Booth con las manos desnudas.

Me pareció que estaban excitados por algo, o quizá nerviosos.

Booth cacareó:

—Todo ha salido a pedir de boca, compañero. Ya sólo falta el último acto y ahí es donde intervienes tú.

—¿Qué...?

—Vas a salir de aquí, a que te dé el aire. Andando.

Mis piernas temblaban. Me costó un gran esfuerzo echar a andar hacia la puerta.

—¡Por favor! —imploré—. Llévenme hasta el hombre que les manda. Se ha equivocado conmigo. ¿No lo comprenden? ¡No pueden matarme por un error!

—¿Equivocado? No seas idiota, muchacho. Tú eres Roben Larsen, ayudante de cajero en el Morgan City Bank. ¿Es cierto o no?

—Sí, claro, pero...

—Entonces, andando. Tú eres nuestro pardillo de esta noche.

Me sacaron a empellones. Mis piernas se negaban a subir los peldaños de la escalera, y ahora estaba convencido de que realmente era yo el hombre que ellos querían matar.

¿De qué me servían entonces mis años de honestidad, de conducta intachable, de costumbres rectas y morigeradas, de agachar el lomo ante todo aquel que estuviera por encima de mí, tuviera o no razón?

El coche aguardaba delante de la puerta y la calle estaba tan oscura como un lago de tinta. Nos detuvimos en la acera mientras Booth cerraba con llave. Luego me empujaron hacia el coche.

—No te alborotes ahora, ¿entiendes? Después de todo no es tan malo. Ni siquiera sentirás nada. Cuestión de medio segundo.

Rió entre dientes, como un chacal.

Aún se reía cuando la cosa sucedió. Fue algo tan repentino que en el primer instante pensé que me asesinaban allí mismo.

Sonaron una sarta de disparos que retumbaron en toda la desierta calle. Los proyectiles zumbaron en alguna parte y todo lo

que se me ocurrió fue tirarme de cabeza al suelo y rodar lo más lejos posible de los dos criminales.

Les vi agazapados junto al coche. Una bala reventó un cristal del auto y la lluvia de diminutos fragmentos les salpicó, obligándoles a tirarse de bruces.

Booth aulló:

—¡Larguémonos de aquí, Sammy!

—¿Dejando a ése?

—¡Maldito sea, mátalos y acabemos!

Vi llamear la pistola en su mano y noté un golpe terrible en alguna parte de mi cuerpo. Todo se volvió borroso a mi alrededor.

Aún pude oír el rugido del motor acelerado brutalmente y un disparo, y después el coche se alejó en medio del chirrido de los neumáticos.

La niebla se espesaba cada vez más ante mis ojos. Sabía que dentro de mí un pedazo de plomo estaba matándome implacablemente sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

No oía nada. Era imposible que después de los estampidos nadie acudiera a averiguar qué había sucedido. Me dejaban morir como un perro...

Escuchaba el denso silencio mientras iba hundiéndome en la inconsciencia. Pensé que era el dolor lo que me mataba y no la bala. El pistolero había mentido. Si se sentía la muerte... se sentía con un dolor de infierno.

Ya sólo deseaba que aquello acabara, que cesara la terrible tortura del dolor.

Creí que deliraba cuando una voz tenue y asustada jadeó junto a mí:

—¡Dios, le han matado!

Quise gritarle que no... que necesita ayuda, un médico, algo.

Pero ya no veía nada. Intenté gritar, decir algo.

Fracasé.

Pero no del todo.

Porque la voz exclamó:

—¡Estás vivo! ¿Me oyes, Bob?

Era una voz de mujer y yo no podía responderle.

Y sabía mi nombre.

—¡No he podido evitarlo, Dios! —añadió la voz—. ¡Soy Janina!

¿Me oyes? Buscaré ayuda...

Janina.

Ya no oí nada más, ni supe si reventaba de una vez o no. Me hundí en una masa amorfa y negra y todo acabó.

Incluso el nombre de la mujer que me había perdido se desvaneció y ya no hubo nada.

CAPÍTULO IV

Recobré la consciencia en una habitación blanca y aséptica, tendido en una cama y con una sensación de ingravidez en todo el cuerpo.

De modo que estaba vivo.

Eso era una gran cosa, sobre todo teniendo en cuenta los absurdos acontecimientos en que me había visto metido.

Poco a poco mis sentidos despertaron a la vida y fui recordando cosas. Recordé también la voz de Janina, cuando me desangraba en la acera...

Nada de todo aquello tenía pies ni cabeza.

Alguien entró en la habitación y se inclinó sobre mí.

—¿Cómo se siente, Larsen?

Era un hombre de unos cincuenta años cubierto con una bata blanca. Su cabello negro y corto se le encrespaba sobre la frente.

—No lo sé, pero estoy vivo —dije apenas sin voz—. ¿Qué hospital es éste?

—El Bellevue. ¿Cree que puede hablar un poco?

—Sí.

—Bien.

Apartó las ropas de la cama y tanteó en mi pecho. Así descubrí el vendaje que me rodeaba.

—¿Es grave, doctor? —indagué con un hilo de voz.

—Bueno, nos costó mucho sacar la bala, estaba alojada en mal lugar. Pero la operación fue un éxito y ahora podemos estar casi seguros que se repondrá sin dificultad.

Se irguió y volvió a cubrirme con la sábana.

—Un individuo llamado Morton Carew estuvo aquí en repetidas ocasiones. Estaba empeñado en verle, pero la policía no lo permitió.

—Morton...

—¿Amigo suyo?

Sentí una extraña emoción al pensar en él.

—Sí —dije—. El mejor que he tenido nunca. El único...

—¿Quiere hablar ya con la policía? Si no se siente lo bastante fuerte puedo seguir aplazando la entrevista.

—¿Para qué? Tendré que verlos tarde o temprano, así que cuanto antes mejor.

—De acuerdo, pero trate de no excitarse.

—No tengo fuerzas ni para excitarme —repliqué.

Salió.

Vino una enfermera de color, una muchacha bonita y pizpireta de ojos alegres que me inyectó algo. Dijo que se alegraba de que estuviera tan bien y se fue.

Después apareció un hombre alto y fuerte, recio como un peñasco. Se quitó el sombrero y miró en torno. Acercó una silla a la cama, dejó el sombrero en el suelo y se presentó:

—Soy el teniente Parris. Estaba impaciente por hablar con usted.

—Lo supongo.

—Llevo dos días esperando, pero los médicos no me dejaron siquiera verle más de un minuto. Ahora por fin podré saber qué le sucedió.

—¡Eh, un momento! ¿Qué es eso de dos días?

—Los que lleva usted en el hospital, naturalmente.

—¡Dos días!

—Olvidaba que estuvo inconsciente... Le sometieron a una intervención bastante complicada, según los médicos.

—Pero dos días...

—Afortunadamente todo ha salido bien y se repondrá sin dificultad. Por lo menos eso me han asegurado. Y ahora, cuénteme lo que pasó, Larsen. ¿Pudo ver a los pistoleros que armaron el tiroteo?

Le miré estupefacto. ¡Demonios, si los había visto!

—Naturalmente que los vi —exclamé—. Por lo menos a los que me llevaban a darme el «paseo».

Dio un respingo en la silla.

—¿De qué está hablando?

—Se lo contaré todo, teniente. Es algo demencial, sin sentido, pero con sentido o no estuvo a punto de costarme la vida.

Así que le relaté mi aventura de principio a fin. El hombre me

escuchó boquiabierto, tan perplejo que cuando terminé siguió callado un buen rato, asimilando la absurda historia.

—¡Increíble! —refunfuñó al fin—. De manera que los dos pistoleros acababan de sacarle de la casa para matarle...

—Eso es.

—Pero es lo más absurdo que oí jamás. Durante esos dos días hice una completa investigación respecto a usted. No lo tome a mal, pero era mi obligación en vista de que no recobraba el conocimiento. Bueno, de todo lo averiguado no hay nada que me induzca a pensar que haya tenido jamás el menor contacto con gentes de mal vivir. Además, el banco dio inmejorables referencias de usted.

—Lo celebro.

Estuvo callado unos instantes, reflexionando. Después refunfuñó, dubitativo:

—Debieron equivocarse. Le tomaron por otro.

—Yo también lo creía así al principio, pero después me convencí de que era a mí a quien querían matar. Sabían mi nombre completo, dónde vivía y dónde trabajaba, todo.

—Sí, claro... Supongo que reconocería usted a esos pistoleros si volviera a verlos, ¿eh?

—Aunque estuvieran entre un millón de otros hombres.

—Y a la chica, esa Janina Berg, cuyo nombre debe ser tan falso como ella.

—La reconocería perfectamente. No creo que la olvide en todo lo que me resta de vida.

—¿Está seguro que fue ella la que acudió a su lado después del tiroteo?

—Bueno, no pude verla... Estaba más muerto que vivo. Pero la oí, y ella dijo que era Janina.

—Otro absurdo. Fue una mujer quien avisó al hospital para que fueran a auxiliarle.

—De cualquier manera no podía ser ella, teniente. Era cómplice de los asesinos, me llevó a la trampa donde me cazaron y me narcotizó con el *whisky*. Debe haber algo más... alguien más.

—Claro que hay alguien más. Por ejemplo, los que atacaron a los pistoleros en la acera. Le salvaron a usted la vida al ponerlos en fuga.

—Ya lo sé.

—Por otra parte fue un ataque muy raro. Los disparos hicieron añicos los cristales de los coches cercanos. Eran unos pésimos tiradores.

—Quizá, pero el que disparó contra mi acertó a la primera.

—¿Fue ése cuyo nombre era Booth?

—No, el otro, Sammy.

—Eso tampoco tiene pies ni cabeza. No tuvieron reparo en llamarse por sus nombres. Claro que si estaban seguros de que usted iba a morir eso no debía preocuparles. Cuando salga usted de aquí habrá de revisar nuestros ficheros. Tal vez tengamos suerte.

—Ojalá.

—Volvamos a la mujer. ¿Recuerda dónde estaba el apartamento donde le llevó?

—Podría encontrarla, pero ignoro la dirección. La calle y el número quiero decir, pero podría localizarlo.

—Otra estupidez. ¿Por qué la llevó a su propia casa?

No repliqué. No había explicación para eso tampoco.

El prosiguió:

—Es absurdo, demencial si uno se detiene a pensarlo. Janina Berg... Bueno, la buscaremos. Y otra cosa, Larsen, le pondré un agente ahí fuera mientras permanezca en el hospital, porque ahora todo es diferente de cómo yo pensaba. Creí que le habían herido por accidente, al encontrarse usted en medio de un tiroteo entre pistoleros. De modo que no vamos a correr ningún riesgo.

Se levantó y durante unos instantes se quedó inmóvil, mirándome muy fijo.

—Se me ocurre otra posibilidad —gruñó—. ¿Tiene usted algún pariente que posea algún dinero?

—No.

—¿Seguro?

—¿No voy a saber los familiares que tengo? Toda mi familia se reduce a una tía solterona que vive en el oeste, no sé exactamente dónde. Jamás la he visto.

—¿Rica?

—Olvidelo. Vive de una pensión del Gobierno.

—De modo que aunque ella muera usted no hereda nada...

—Deudas en todo caso.

—Ya veo. Bien, le tendré informado, Larsen.

Se marchó apresurado y casi al instante entró el médico.

Comprobó mi pulso, mi temperatura, examinó otra vez el sólido vendaje y dijo que todo estaba bien.

Le pregunté:

—¿Cuánto tiempo voy a estar aquí, doctor?

—Lo ignoro, dependerá de su recuperación. Una semana, dos quizá.

Al quedar solo pensé en el banco y en mi trabajo. Una profunda amargura me invadió.

Fueron dos semanas las que pasé en el hospital, con un policía de guardia junto a mi puerta todo el tiempo.

En cierto modo, eso me hizo sentir importante.

CAPÍTULO V

Morton ocupaba un estudio en el Village, un desordenado cubículo en la azotea de una vieja casa de apartamentos.

Cuando entré allí el día siguiente de mi salida del hospital, lo encontré tumbado de cara al techo, fumando y mirando con ojos turbios una estrambótica lámpara de bronce.

—¿Es que nunca ciaras la puerta, Morton? —Le espeté.

Dio un brinco al verme.

—¡Muchacho! Me alegro de que estés vivo. No me dejaron verte en el hospital cuando estuve allí.

—Ya lo sé.

Me examinó con ojo crítico. Me hundí en un butacón cuyos muelles chirriaron una protesta al recibir mi peso.

Él dijo:

—Bueno, sólo a un tipo como tú se le ocurre mezclarse con gente que anda por ahí pegando tiros.

—Yo no me mezclé con nadie, Morton. Ya deberías saberlo, conociéndome como me conoces.

—Entonces cuéntame tus aventuras, que yo me entere.

Volví a desgranar toda la historia, mientras él volvía a tumbarse sobre la cama como si esa posición fuera la natural en el ser humano, a las doce del mediodía.

Cuando terminé sacudió la cabeza.

—Increíble —comentó—. Y que todo eso le suceda a alguien como tú, alguien que nunca ha roto un plato; un tipo que lleva una vida de escarabajo y más aburrido que una ostra en un carnaval...

—Esa vida de escarabajo se terminó, Morton.

Frunció el ceño. Se incorporó sobre un codo mirándome sin dar crédito a lo que da.

—¿Has perdido la chaveta, Bob? Tú naciste para estar detrás de una ventanilla bancaria.

—Los directivos del banco opinan de distinta forma Me han despedido.

Acabó de sentarse en el lecho y colocó los pies en el suelo de golpe.

—No lo creo.

—¿Piensas que gastaría bromas con algo así? Según ellos, un empleado de caja que se ve envuelto en esta clase de embrollos no puede seguir trabajando en el banco. No es digno de confianza, ¿lo entiendes? Supongo que imaginan que el día menos pensado me largaría llevándome el contenido de la caja.

—¡Maldita sea! ¿Y tú conducta hasta ahora qué?

—No cuenta para nada. Me han dado una indemnización, un chorro de buenas palabras, y un puntapié en el trasero.

Morton sacudió la cabeza. Después sonrió y dijo:

—Pensándolo bien, deberías alegrarte. Quizá ahora aprendas a vivir.

—Habré de aprender, y rápido, Morton. No tengo dinero suficiente para vivir de renta. Entre el alquiler del apartamento, y unas cosas y otras voy a pasarlas moradas.

—Eso no debe preocuparte. Puedes trasladarte aquí hasta que encuentres un trabajo. Cabemos los dos perfectamente, y a mi lado incluso es posible que consigas quitarte las telarañas del cerebro.

—Olvídala Estoy bien en el apartamento.

—Tonterías. Vas a trasladarte aquí y no se hable más. Lo pasaremos bien a menos que estés ya tan estropeado que no tengas remedio.

Así fue cómo me trasladé al estudio de Morton, lo que realmente fue un alivio para mis ahorros.

La primera noche que pasamos juntos, y cuando ya estaba casi dormido, él barrió mi sueño de golpe al comentar:

—¿Sabes una cosa? Me pregunto cuándo lo intentarán de nuevo.

—¿Cuándo intentarán qué?

—Echarte el guante otra vez.

Pegué un brinco y quedé sentado en la cama.

—¿Por qué tienen que intentarlo de nuevo?

—Bueno, si hace un par de semanas le estorbabas a alguien, supongo que sigues siendo el mismo estorbo en la actualidad.

—¡Maldito sea, no seas cenizo!

—Tienes que enfrentar los hechos de cara. Tú mismo estás convencido de eso sólo que no te atreves a admitirlo.

Tenía toda la razón, porque la zozobra y la inquietud no me habían abandonado desde mi salida del hospital.

—Quizá aciales —convine—. Pero ahora habrán de utilizar otro sistema para cazarme. No pueden repetir el truco con la muchacha, ni emplear aquel apartamento. En realidad, era un apartamento alquilado apenas una semana antes, y después de utilizarlo para capturarme nadie ha vuelto allí, me lo dijo la policía.

—Pueden hacerlo de cualquier otro modo. Debes admitir que no eres enemigo para esta clase de chacales, Bob.

—Dime una cosa. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Ésta es una pregunta idiota. Te diga lo que te diga no tendrá ningún valor.

—No importa, quiero darla.

—Bueno, para empezar me procuraría un revólver cargado. Después esperaría a esos matones y tan pronto aparecieran los dejaría secos a balazos, y te juro que no perdería el tiempo con palabras. Apuesto que eso daría mucho que pensar al que los envía contra ti.

—¿Serías capaz de matar a dos hombres, Morton?

—Ya puedes jurarla No vacilaría tratándose de salvar mi propio pellejo.

Lo pensé un poco y acabé convencido de que él sería muy capaz de hacerlo. Mientras le daba vueltas a todo esto Morton añadió:

—Aunque esta vez les costará un poco más echarte el guante porque no saben tu paradero. Fuera del banco, y habiendo cambiado de domicilio habrán de patear la ciudad de punta a punta para volver a encontrarte.

—Sí, pero si realmente tienen tanto interés por encontrarme...

Me interrumpí de golpe. Una corriente helada se deslizó por mi espalda y creo que me quedé paralizado ante la mirada asombrada de Morton.

Éste gruñó:

—Bueno, ¿qué te ha dado ahora?

—¡He sido un estúpido!

—Admitido. Yo lo descubrí hace años.

—¡No bromees!

Suspiró resignadamente.

—Nada de bromas, sólo dime por qué has sido ahora más estúpido que de costumbre.

—Porque dejé estas señas al propietario de los apartamentos para que me remitiera la correspondencia que llegara para mí.

—¡Maldita sea!

Casi saltó fuera de su cama y se quedó mirándome echando chispas.

—No se me ocurrió pensar que era una posible pista para quien me buscara. Recibo varias publicaciones periódicas a domicilio, y un par de revistas bancarias.

—Si por lo menos fueran revistas porno... Pero, hombre, ¿por qué no publicas tu nueva dirección en las notas de sociedad? Esos hijos de perra darán contigo en cuanto se lo propongan. ¿Qué demonios tienes en lugar de cerebro?

—Empiezo a hacerme esa misma pregunta —confesé—. El caso es que nunca me había visto metido en estos trotes. No sirvo para eso.

—Pues tendrás que espabilarte si quieres conservar la cabeza sobre los hombros. Después de todo es tu vida la que está en juego.

—Está bien, Morton, apaga la luz y tratemos de dormir de una vez. Por la mañana iré a ver al dueño de los apartamentos y le advertiré que no de estas señas a nadie.

Refunfuñó, pero apagó la luz y unos minutos más tarde escuché su acompasada respiración. Por mi parte, el sueño se negaba a acudir a la desesperada llamada.

Era muy avanzada la noche cuando caí en un sueño inquieto y poblado de pesadillas. También eso era nuevo para mí, puesto que hasta entonces siempre había dormido bien y profundamente, sin ninguna clase de inquietudes.

El sueño duró hasta que me despertó el estridente repiqueteo del teléfono.

Morton encendió la luz lanzando rayos y de un zarpazo atrapó el auricular.

—¡Hable quien sea! —gritó—. Es casi el amanecer pero no importa, la gente decente...

Se interrumpió bruscamente. Las vibraciones del auricular llegaron audibles hasta mí.

Me miró de soslayo. Luego gruñó:

—¡Claro que está aquí! ¿Quién demonios es usted?

Salté fuera de la cama El añadió:

—Hermana, Bob no se pondrá al aparato a menos que seas más explícita. ¿Quién eres?

Llegué a su lado cuando de nuevo escuchaba un tanto desconcertado.

Dijo:

—Janina, ¿eh? Déjame decirte que tienes una cara muy dura, encanto. ¡Qué cinismo! —Escuchó un poco más y luego, con voz seca, dijo—: Se lo diré, pero te advierto que segundas partes nunca fueron buenas. Esta vez no le cazarán tan fácilmente.

Me entregó el aparato al tiempo que me advertía:

—Dice que es Janina. Se trata de otra encerrona, seguro, de modo que cuidado con lo que dices.

Mis manos temblaban cuando tomé el auricular.

—¿Janina?

—¿Eres tú, Bob?

—Claro...

Su voz era aguda, excitada, y hablaba a borbotones.

—¡Tienes que ayudarme! No sé cómo, pero tienes que ayudarme o me matarán...

—¿Yo he de ayudarte a ti?

—Salvé tu vida. ¿No es cierto?

—Yo diría que la cosa fue al revés, nena. Me entregaste a los verdugos.

—¡Oh, Dios, eso es verdad! Pero entonces no sabía... Fui yo quien disparé, en la calle, para que pudieras escapar.

Quedé mudo y ella prosiguió, cada vez más histérica:

—¡Tienes que creerme, Bob! Por favor, por favor, te digo la verdad. ¡Ayúdame!

—¿Cómo me has localizado?

—Por el administrador de la casa donde vivías. Le dije que era tu... tu novia. Estuve vigilada todo el día y hasta la noche no pude esquivar al hombre que me seguía. Entonces fui a tu apartamento.

—Todo eso lo entiendo, excepto lo de que te vigilan. Pero lo que sigue estando muy claro para mí es que me pusiste en manos de los asesinos que se proponían matarme.

—¡Por favor, te lo explicaré todo después! Necesito que me ayudes a ocultarme, o a salir de la ciudad. No tengo dinero a mano, ni un lugar a donde ir...

Su voz se quebró con un sollozo.

Si era otra representación lo estaba haciendo muy bien, así que dije:

—No sé qué puedo hacer yo. Ni tampoco comprendo por qué tendría que hacerlo, dadas las circunstancias. A menos que tengas la loca idea de atraparme por segunda vez.

—¡Oh, Dios, cuánto tiempo perdido...! Yo hice todo lo que sabes, y más, pero me obligaron. Dijeron que se trataba sólo de atraparte el tiempo suficiente para que les dieras detalles del banco, para asaltarlo. Ya sabes, sistemas de alarma, la combinación de la caja, quién guardaba las llaves, todo eso. Después supe que lo que querían era matarte y era volverme loca. Por eso lo evité como pude.

Morton me arrancó el auricular de la mano y ladró:

—Escuche, hermana, cuéntemelo a mí si quiere. No soy tan crédulo como Robert. ¿Desde dónde habla?

Escuchó, asintió con gestos de cabeza, refunfuñando entre dientes, y luego indagó:

—¿Quiénes la persiguen?

Nuevo silencio.

—No vamos a discutir un minuto más por teléfono, a menos que me diga los nombres de quienes la persiguen... ¡Los nombres es lo que quiero! ¿Cree que soy idiota?

Me hizo señas para que buscara algo con que tomar notas.

—Muy bien, Sammy Kinnoul, ¿eh? Y Michael Booth... Son los mismos que se llevaban a Bob, ¿no es cierto?... Y ahora hay otro... Stan Crowd... Ya veo. ¿Qué espera exactamente que hagamos nosotros?

Volvió a escuchar unos instantes. Después me dejó helado cuando dijo:

—Lo único que se me ocurre es que venga aquí.

Le hice señas frenéticas de que no siguiera adelante. Yo conocía bien a aquellos desalmados. Si nos localizaban nos matarían sin titubear.

Pero no me hizo caso.

—Sí, ésas son las señas, hermana. Tome un taxi y venga. La ayudaremos si puede convencernos de que no lleva otras intenciones. Si está donde dice no puede tardar mucho en llegar, así que dese prisa.

Colgó bruscamente y se volvió. Una tensa sonrisa aleteaba en sus labios gruesos y firmes.

—Va a venir —anunció—. Está histérica de miedo.

—Eso dice ella, pero quizá es sólo otra encerrona.

—Mira, muchacho, no pierdas los estribos. Ella tiene esta dirección, que ha conseguido gracias a tu tontería. Si sólo hubiera querido localizarte para mandar a los pistoleros contra ti no tenía que organizar todo este drama. ¿No lo comprendes?

—Quizá sólo quiso asegurarse de que yo estaba aquí.

—¿Poniéndote sobre aviso? Tienes menos seso que un mosquito. Si fuera eso, a estas horas tendríamos un ejército de pistoleros al otro lado de la puerta.

—Entonces, ¿crees que era sincera?

—Lo creo hasta cierto punto. De cualquier modo haremos algunos preparativos para la batalla. Vístete entretanto.

En pijama, se encaminó a un rincón del estudio donde un enorme baúl lleno de herrajes ocupaba un gran espacio. Según Morton, databa de la época del Mayflower, y le servía de almacén de trastos inútiles.

Revolvió dentro de las atestadas entrañas del mueble, y cuando se irguió lo hizo empuñando un descomunal revólver como yo no había visto otro en toda mi vida, excepto en las películas del Oeste.

—¿Qué te parece? —exclamó, radiante—. Un Smith & Wesson

44 de la época heroica. Auténtico.

—¿Y qué podrás hacer con esta reliquia? Porque no pensarás ahuyentar a esos pistoleros con una pieza de museo.

—¿Crees que no funciona?

Manipuló en aquel trasto y seis grandes cartuchos cayeron en su mano. Luego hizo funcionar el gatillo y me demostró que el martíllete golpeaba con fuerza.

—¿Eh, qué te parece?

—¿Cómo lo conseguiste?

—Me encargaron una colección de ilustraciones y lo adquirí

para documentarme, en una tienda especializada en armas y objetos de la colonización del Oeste. Verás el susto que se llevan esos fulanos si asoman por aquí. Esto suena igual que un cañonazo.

Volvió a meter los cartuchos en el cilindro. No me pareció el arma más adecuada para entendérselas con la clase de asesinos que yo ya conocía, pero peor era hacerlo con las manos desnudas, de manera que le dejé la iniciativa.

—Vamos a vestimos, porque esa mujer no tardará en llegar. Y si vienen siguiéndola como ella teme será nuestra oportunidad, así que nos apostaremos en la calle. Lo tengo todo pensado, muchacho.

Le obedecí sin replicar. Tuve la impresión de que él se divertía con todo aquel maldito embrollo y le envidié. Envidié su manera de vivir, su jovialidad, su carácter optimista y abierto, y la facultad de sacar partido de cualquier situación.

Y su valor, que estaba demostrándome.

De manera que después de vestimos, y que él volviera a blandir el enorme revólver, nos fuimos a la calle.

CAPÍTULO VI

—Nos ocultaremos en esas escaleras del otro lado de la calle — decidió Morton—. Desde ellas, con los ojos al nivel de la acera, dominamos toda la calle sin que nadie pueda vernos.

—Escucha, Morton, sería mejor llamar a la policía. El teniente Parris me dijo que le notificase cualquier anomalía que advirtiera a mi alrededor.

—Déjate de policías. Si no ocurre nada te soltarían un sermón y te calificarían de asustadizo. Dirían que ves fantasmas a causa del miedo que tienes.

—¡Cristo! Es que tengo miedo.

—Claro, pero no necesitas pregonarlo. Yo también lo tengo, pero alguien debe darles a esos tipos lo que andan pidiendo a gritos. Si vienen, claro.

Lo dejé correr. Después de todo, él estaba arriesgándose por mi causa.

De modo que nos instalamos en las escaleras que se hundían en la acera hasta los semisótanos de una casa, al acecho como los viejos luchadores del Oeste, Morton con su reliquia en la mano.

Dejé de forjar fantasías cuando oí el rápido taconeo de una mujer acercándose procedente de mi izquierda. Contuve hasta la respiración y esperé...

Si era la mujer que aguardábamos no nos había hecho caso en cuanto a tomar un taxi, ya que venía a pie.

Pero me había equivocado. La mujer pasó de largo, andando con pasos elásticos y seguros, apresurada. Alguna pájara nocturna después del trabajo sin duda.

Morton susurró:

—No te pongas nervioso. Quizá no venga.

—Si ha tomado un taxi ya debería estar aquí.

—Estás más impaciente que una bailarina en su primera cita.

¿Quieres cerrar la boca de una vez?

Transcurrió más de un minuto sin que nada turbara el inmenso silencio de la noche.

Un auto oscuro pasó zumbando a toda velocidad. Otro apareció en dirección opuesta. Ninguno de los dos se detuvo y desaparecieron sin que la mujer diera señales de vida.

—¿Morton? —musité.

—¿Qué te pasa ahora?

—Me pregunto por qué me salvó la vida, si es verdad lo que dijo por teléfono.

Mi amigo soltó un juramento entre dientes.

—Pregúntale a ella cuando llegue.

—Sigo pensando que sería mejor llamar a la policía. El teniente Parris se pondrá furioso si...

—¡Calla!

—Él dijo...

—¡Maldita sea, cierra el pico! ¿No oyes?

Agucé el oído.

Así capté el rumor de un coche aproximándose despacio.

Asomé un ojo por entre la barandilla metálica, a nivel de la acera.

Un taxi se acercaba procedente de nuestra derecha. Iba despacio, muy despacio.

Morton susurró:

—Es ella, seguro.

—¿Cómo lo sabes?

—El chófer trata de ver los números de las casas. Por eso va tan despacio. No te muevas ahora.

El taxi se detuvo delante de la casa de Morton, al otro lado de la calle. Se encendió la luz del interior para que la pasajera pudiera buscar el dinero.

Era Janina.

Sentí un vuelco en el corazón al reconocerla a pesar de la distancia.

Ella pagó y se apeó. El taxi se puso en marcha alejándose ahora velozmente.

La muchacha permaneció unos instantes parada en la acera, mirando la casa.

Entonces vi acercarse el otro coche. Era un sedán oscuro y éste también avanzaba muy despacio por el centro de la calzada. Tan despacio y tan silenciosamente que me pareció una aparición fantasmal, negra como la misma muerte, porque llevaba todas las luces apagadas.

La muchacha se puso en marcha entonces encaminándose al portal de la casa de Morton. Yo dije con voz contenida:

—¡Ese coche...!

—Ya lo veo... Espera que se acerque un poco más.

El sedán se desvió un poco. Llevaban la intención de aproximarse lo más posible a la acera opuesta a dónde estábamos nosotros.

Vi a Morton asomar el cañón del enorme revólver. Me olvidé incluso de respirar, y hubiera querido gritarle a la chica del peligro que se le venía encima, o echar a correr, o saltar contra el coche negro. Cualquier cosa antes que seguir parado allí viendo lo que estaba viendo y sintiéndome absolutamente impotente para hacer nada.

Sólo que ella los descubrió cuando le faltaban dos pasos para llegar a la puerta. La vi volverse rápidamente y por un instante se quedó paralizada de espanto.

En aquel instante el revólver de Morton tronó. Fue un estampido bronco y rotundo en el silencio. Un cristal del coche se hizo añicos.

El coche aceleró brutalmente rechinando las llantas contra el asfalto. El revólver de Morton llameó una y otra vez pegado a la acera, con su ruido de cañón, y una vez más demostró que con aquella arma en la mano era temible.

Pero los del coche también hicieron fuego. Una sarta de rápidos estampidos se mezclaron con los broncos truenos del

Smith & Wesson,

pero no dispararon contra nosotros.

Vi a la muchacha rodar por la acera como una muñeca rota, y las nubecillas de estuco en la pared allí donde algunos de sus proyectiles rebotaron con lacerantes aullidos.

Morton se había erguido y ahora apuntaba con más cuidado. Sujetaba el revólver con las dos manos y continuaba disparando.

El coche empezó a dar bandazos de un lado a otro, rozó los que estaban aparcados a lo largo de la calle, y cuando esperaba verlo

estrellarse enderezó el rumbo y huyó como una centella.

Morton barbotó:

—¡Les he soltado los seis cartuchos, malditos hijos de perra!

Los dos echamos a correr a través de la calle. En algunas ventanas se encendían luces y alguien gritaba en alguna parte.

La muchacha estaba tirada de bruces. Nos inclinamos a su lado y Morton indagó con voz insegura:

—Supongo que estás seguro... es ella.

—¡Claro que es ella, Janina!

—Pues hizo un pésimo negocio aliándose con esa camada de chacales.

Le dio vuelta con cuidado. Todo su pecho era un mar de sangre.

—¿Está muerta? —murmuré a punto de desmayarme.

—No lo sé.

Ocultó el revólver entre el pantalón y la camisa y arrodillándose se pegó materialmente a la cara de Janina.

—¡Respira! —exclamó—. Pero no vivirá mucho, me parece a mí. La pobre chica decía la verdad cuando nos habló por teléfono.

—Y me salvó la vida, Morton. ¡Condenación! Tenemos que hacer algo.

—Lo que podíamos hacer ya lo hicimos. Alguno de los bastardos del coche encajó uno de mis plomos, así que ya va servido.

—¡Ahora quiero decir!

—Eso no nos lo permitirán, y creo que es mejor así.

Levanté la cabeza. Dos guardias muy excitados llegaban trotando. Empuñaban sus armas y apartaron a empujones a los primeros curiosos que empezaban a congregarse en la acera.

El asunto escapaba de nuestras manos y dediqué una última mirada a la muchacha antes de levantarme. Una oleada de ira me invadió. En aquellos momentos hubiera sido capaz de empuñar yo el revólver y matar sin el menor escrúpulo a los cobardes asesinos que habían truncado la vida de aquella pobre muchacha.

Unas manos rudas me apartaron de allí. Uno de los guardias se arrodilló en el suelo y comenzó a examinar a Janina.

Me disponía a decir algo cuando Morton me agarró el brazo, arrastrándome hacia la puerta de la casa donde vivía.

—Mantén la boca cerrada, muchacho —me aconsejó con cautela—. Ya hablarás con el teniente cuando llegue el momento, pero

ahora cierra la boca y te ahorrarás un montón de quebraderos de cabeza. Vamos.

Subimos a su estudio. Descolgó el teléfono y llamó a la policía. Un minuto después estaba hablando con el teniente Parris, aunque no le dio muchas explicaciones por el auricular.

Colgó y dijo, sacando el revólver:

—Va a venir ahora misma Apuesto que saltará hasta el techo cuando vea esta joya... ¿Sabes una cosa, Bob? Me pregunto si en su época resultó tan efectivo contra los pieles rojas, como esta noche contra los pistoleros.

Una sirena se acercaba. La oímos a través de la ventana. Poco después otra le hizo coro.

Corrí a la pequeña terraza y miré abajo. Una ambulancia estaba parada junto a la acera, y mientras la miraba emprendió la marcha a todo gas.

La pobre muchacha iba camino de un destino tan incierto como la misma vida.

CAPÍTULO VII

El teniente Parris echaba chispas.

—¿Está seguro por lo menos de que hirió a uno de los pistoleros del coche? —Gruñó finalmente.

Morton dejó escapar un suspiro de resignación.

—Le he contado todo lo que sucedió. El coche empezó a dar tumbos de un lado a otro de la calle, sin control. El conductor debió encajar uno de mis plomos y perdió el control del volante, pero alguno de los otros logró dominarlo antes que se estrellara. Les hice polvo los cristales también, así que tenían una prisa endemoniada para largarse.

—Sí, ya sé...

Estaba furioso por no haberle llamado tan pronto Janina nos hubo llamado por teléfono, pero después de todo no tenía nada legal con que acusarnos y él lo sabía.

—Por lo menos —refunfuñó—, sabemos los nombres de esos tres bastardos. Eso nos ayudará a echarles el guante porque sin ninguna duda deben estar fichados. Y si la chica se salva ella nos dirá todo lo demás.

—¿Sabe cómo está?

Me miró iracundo.

—Muy mal. Tiene tres balazos en el pecho, uno de ellos muy feo. Los médicos no dan un centavo por su vida.

—¿Sabe si se llama realmente Janina Berg?

—Janina Farraro, ése es su nombre exacto. Es una de esas chicas que trabajan en los *cabarets* para aumentar las consumiciones de los clientes, ya saben. Tengo a un par de hombres investigando su vida. Quiero saber mucho más sobre esa mujer.

—¿Qué espera que averigüen?

—Todo lo que haya sobre sus amistades, sus contactos con gentes del hampa, sus amantes, su familia... Se asombrarían de la

cantidad de datos que pueden encontrarse en una investigación de esta clase. Aunque estemos tan escasos de gente ahora, seguiré manteniendo a dos hombres en este trabajo.

No dije nada, pero Morton indagó, quizá deseoso de reconciliarse con el teniente:

—¿Por qué están escasos de gente, no hay bastantes policías en esta ciudad?

—No en mi apartamento. La mayoría de la gente están ocupados con el asunto del furgón. Sin éxito hasta ahora —terminó, ceñudo.

—¿Qué es eso del furgón?

Nos miró como si nos creyera chiflados.

—¿No se enteraron?

Sacudimos la cabeza al unísono.

—Bueno, usted es lógico que no lo supiera, Larsen. Ocurrió el mismo día en que iban a darle el «paseo». Pero usted debe haberlo leído en los periódicos, Morton.

—De los periódicos sólo me interesan las reseñas de las carreras de caballos. Y apenas veo la televisión, sobre todo de un tiempo a esta parte.

—Entiendo. Bueno, asaltaron un furgón blindado, mataron a los tres guardias de dotación y se llevaron alrededor de dos millones de dólares.

Morton silbó entre dientes.

Yo dije casi sin voz:

—¡Dos millones!

—Todo un boda Tenemos sospechas respecto a los autores del asalto, pero nada más que eso. Su ferocidad al asesinar a los tres vigilantes del furgón sin ninguna necesidad, y algunos otros detalles señalan a un sanguinario hijo de perra escurridizo, pero con eso sólo no podemos hacer nada contra él.

—¿Quién es, si puede decirlo?

—Olvídelo, no debe preocuparles eso a ustedes. Lo que sí debería preocuparle a usted, Larsen, es que su vida sigue estando en el alero. Si se empeña en no llamarnos hasta que ya se han disparado los tiros no puedo garantizarle la más mínima protección.

—Ya lo sé, teniente. De ahora en adelante haré las cosas tal como usted quiere.

—Eso espero, por su propio bien. En cuanto a usted, Morton,

habré de hacer constar en mi informe que utilizó un arma para la que no tiene licencia...

—Oh, eso. Ese revólver es un elemento de trabajo. Necesito documentarme para que mis ilustraciones sean reales y no me las rechacen. También tengo un rifle de pedernal, si le interesa saberlo.

—No intente tomarme el pelo a mí, pintamonas. Un rifle de pedernal no puede disparar seis balas de plomo como este revólver.

—Seguro que no.

—A propósito, ¿de dónde sacó los cartuchos?

—Me los dieron junto con el revólver cuando lo compré. Eran la dotación del cilindro.

—Ya veo. Siendo así no deben quedarle más.

—Ni uno.

—Bueno, entonces creo que le permitiré quedarse con esta reliquia —soltó un gruñido y se volvió hacia mí—. De ahora en adelante, llámeme antes que nadie dispare un arma. Sólo que advierta cualquier actitud sospechosa a su alrededor, llámeme. ¿De acuerdo, Larsen?

Asentí. El se encasquetó el sombrero y antes de marcharse aún dijo:

—Buscaré en nuestros ficheros esos tres nombres. Si no los encuentro pediré ayuda al FBI, y entonces usted habrá de identificarlos.

Se fue con sus acostumbradas prisas. Morton esperó a que se cerrara la puerta y entonces soltó una risita.

—No es tan listo como imagina ese polizonte, Bob.

—¿Qué?

—Ahora verás.

Se acercó al baúl de la época del Mayflower y revolvió de nuevo en su interior. Cuando se irguió enarbolaba una hermosa canana de cuero repujado de la que colgaba una funda vacía de revólver. Pero la canana estaba repleta de cartuchos.

—Cuando compré el revólver —explicó—, compré también la canana y la funda, tal como llevaban en el Oeste, y aquí hay más de treinta cartuchos, así que volvemos a estar preparados para otra batalla.

—Creo que estás chiflado, Morton, eso es lo que creo. Te tomas este asunto como si fuera una fiesta.

—Como una fiesta no, desde luego. Pero si como una especie de cacería. Una cacería de tigres en la que tú eres el cebo, te guste o no. Sacudí la cabeza y lo dejé correr.

—Me voy al hospital —dije tan solo.

—¿Qué? Ahora me pregunto quién es aquí el que está chiflado.

—Quiero saber cómo está la chica. No puedo olvidar que si está muriéndose es por salvarme a mí.

—Antes te entregó a los verdugos, pero por mi puedes hacer lo que quieras. Sólo que ándate con mil ojos porque esos tipos pueden estar al acecho. Saben que están perdidos si ella habla. Y tú sigues vivo, cosa que también debe preocuparles.

—¿Crees que no lo sé?

—Eres un sentimental. Debe ser a causa de la vida de topo que has llevado hasta ahora. Está bien, lárgate, me encontrarás aquí cuando vuelvas. Todas estas emociones han despertado mis ansias creadoras y voy a trabajar. Por otra parte, dentro de dos días he de entregar este cuadro o alguien me arrancará la piel a tiras.

Le dejé preparando la paleta y los pinceles y me fui a la calle, pensando en Janina y en su incomprensible actitud hacia mí.

En el hospital me dijeron que Janina estaba siendo intervenida en aquellos momentos.

—Esperaré —dije—. Por favor, avíseme cuando terminen.

—Bueno, pero la policía no le permitirá verla.

La encargada del registro de entradas miró por encima de mi hombro. Me volví y casi di de narices contra un hombre joven, alto y delgado, que me observaba con el ceño fruncido.

—¿Quién es usted, amigo? —me espetó.

Al mismo tiempo vi fugazmente la credencial que exhibía en su mano izquierda.

—Roben Larsen. El teniente Parris me conoce. Vaya y pregúntele.

—Seguro que lo haré, pero antes quisiera ver sus documentos, señor Larsen.

Le dejé que los viera. Cabeceó al devolvérmelos.

—Muy bien, no se mueva de aquí.

Fui a sentarme y encendí un cigarrillo. Contemplé el ir y venir de enfermeras apresuradas, médicos de servicio, y de pronto descubrí a dos guardias de uniforme cruzando más allá de una

puerta. Parris había tomado muchas precauciones por lo visto.

Acababa de pensar en él cuando le vi aparecer en compañía del policía de paisano que me había identificado.

Se paró ante mí, más sombrío que nunca.

—¿Qué infiernos hace usted aquí? —me soltó.

—He venido a interesarme por la muchacha. Quiero saber cómo se encuentra.

—Ya veo. Están operándola ahora.

—¿Y...?

Se encogió de hombros.

—Está muy mal, es todo lo que sé. ¿Piensa quedarse aquí el resto de la noche?

—Hasta que pueda verla no me iré. De cualquier modo no falta mucho para que amanezca.

—Maldito si le comprendo a usted, Larsen. No podrá hablar con ella, suponiendo que viva, cosa muy problemática. Y aunque salga viva del quirófano tampoco podrá decir una palabra hasta que se recobre... Si se recobra después. Pueden pasar varios días. Y antes de que le hable usted quiero interrogarla yo.

—No me importa, teniente. Esperaré. No tengo otra cosa que hacer.

—¿Cómo es eso, y su empleo en el banco qué?

—¿No se ha enterado que me despidieron?

—¡Demonios! ¿Por qué?

Le conté lo sucedido, la manera absurda e injusta como me habían tratado.

Vi que estaba desconcertado. Sacudió la cabeza con lástima y gruñó:

—Esa gente de los bancos son una raza aparte. ¿Qué va a hacer usted ahora?

—Buscar otro empleo, por supuesto, pero no puedo hacerlo hasta que termine esta maldita pesadilla. Si encontrase otro empleo, y esos pistoleros lo intentasen de nuevo...

Me interrumpió con un gesto brusco.

—Si vuelven a encontrarle, amigo, creo que no habrá de preocuparse de un empleo más o menos. Esa gente no falla dos veces un asunto de esta clase.

—Es usted único alentando a la gente.

Sonrió, habló brevemente con el policía larguirucho y los dos desaparecieron por un amplio pasillo.

En aquel pasillo aparecían y desaparecían a intervalos los dos guardias que ya viera antes. Eso me tranquilizaba.

Vi amanecer sentado en aquella silla. El hospital cobraba nueva vida con la llegada del día. Cambiaban los tumos de las enfermeras y otra ocupó el puesto de la recepcionista.

A las ocho y diez minutos apareció el teniente Parris, con su cara ceñuda y llena de sueño y cansancio.

Se paró ante mí.

—Según los cirujanos —dijo—, tiene una probabilidad entre mil de salvarse, pero si eso ha de tranquilizarle le diré que me parece que ha agarrado esa probabilidad por los cabellos y no la suelta. Está en una habitación con una enfermera permanente y un par de policías en la puerta. ¿Tranquilo?

—Gracias, teniente.

—Vamos, nos sentará bien una taza de café.

Me encontré en la calle apenas sin darme cuenta y entramos en una cafetería casi desierta.

Él se encargó de pedir el desayuno para los dos, y cuando se sentó a mi lado parecía más cansado que nunca.

Le espeté, impaciente.

—¿Usted cree realmente que vivirá?

—Si no lo saben los médicos menos voy a saberlo yo, pero mi impresión es buena. La chica tiene una naturaleza joven y fuerte, pues no está minada todavía por la vida desordenada que empezaba a llevar; de manera que yo diría que tiene bastantes triunfos a su favor. Vamos, Larsen, tranquilícese y déjeme desayunar en paz.

Nos sirvieron y yo apenas probé bocado. Pero él comió con apetito, sin admitir discusión alguna mientras estuvo masticando con entusiasmo.

Cuando encendió un cigarrillo me espetó:

—Dígame una cosa, Larsen, ¿se ha enamorado de esa chica?

Casi salté fuera del taburete.

—¡No diga tonterías! He hablado con ella una sola vez, y de cualquier modo que se mire este caso ella me entregó a los pistoleros. ¿Qué le pasa a usted, teniente, cree que esto es un serial?

—Podría serlo en lo que respecta a usted. Además, es toda una

belleza.

—Olvídela No soy tan idiota todavía.

—Bueno, era sólo una idea. Supongo que habré de pagar yo el desayuno ya que usted está cesante...

Refunfuñó, abonó el gasto y volvimos a la calle. Casi me empujó hacia el hospital.

—Ahora podrá usted verla —anunció de pronto—. Sólo un minuto y luego le echaré del hospital a puntapiés si es necesario.

—Gracias, teniente.

Caminamos en silencio un trecho. En la entrada del hospital él se detuvo, mirándome con una profunda arruga en su frente.

—Me pregunto si le atacarán de nuevo o no, Larsen —dijo del modo más sorprendente—. Personalmente opino que no.

—¿Por qué?

—Si no vuelven a molestarle es que ha dejado de interesarles usted, lo cual nos llevará a la conclusión de que sólo querían echarle el guante cuando trabajaba en el banco.

—Eso es absurdo. Yo no podía haberles ayudado en nada para asaltarlo. No conozco la combinación de la cámara acorazada, no guardo ninguna de las dos llaves que se necesitan para abrirla. No puedo inutilizar el sistema de alarma ni nada en absoluto.

—Ellos podían creer que sí podía.

—Pienso que estaban muy bien informados.

—Pues, amigo mío, si todo esto no tiene ninguna relación con su empleo en el banco, ya puede empezar a preocuparse porque entonces lo volverán a intentar. Si fuera usted un hombre rico y alguien pudiera heredarle aún lo comprendería, pero así...

—Olvídela.

Recorrimos los pasillos del hospital, hasta una puerta a ambos lados de la cual un policía uniformado y armado montaba guardia.

Parris murmuró:

—Sólo unos instantes, Larsen. No hable ni espere que ella se entere de su presencia. Está inconsciente.

Abrió la puerta y me cedió el paso.

Una enfermera se levantó de la silla en que estuvo sentada al lado de la cama.

Yo me detuve, temblando.

La hermosa cara de Janina era tan blanca como la harina.

Apenas si tenía algo más de color que la blanca almohada en que reposaba. Los cabellos aureolaban su rostro y estaba tan inmóvil como un cadáver.

Ignoro el tiempo que estuve allí, parado como un poste, con la mirada fija en sus atormentadas facciones. No traté de analizar lo que sentía ni lo que significaba aquella muchacha con su brusca irrupción en mi vida, hasta entonces plácida y rutinaria.

Sólo sé que me infundía una extraña ternura verla allí, desvalida, quizá muriéndose.

Ella me había salvado la vida. Eso era un hecho. Y por haberme salvado la vida ella perdía la suya.

Parris me tocó el hombro. Salimos y la puerta se cerró.

Fuera encendimos un cigarrillo y él gruñó:

—¿Se siente mejor ahora?

—Es una salvajada, una bestialidad, teniente.

—Bueno, sucede todos los días.

—¡Maldita sea! Si pudiera encontrar a esos hijos de perra...

—Si los encontrara usted, Larsen, pasaría a ocupar una mesa de mármol en el depósito de cadáveres. No es usted el tipo adecuado para entendiérselas con esta clase de matarifes.

Tenía razón, claro. Pero un odio hasta entonces desconocido por mí había hecho acto de presencia en mis sentimientos.

Nos despedimos a la salida del hospital. Lucía el sol y las gentes se apresuraban de un lado a otro. Era un día cualquiera para todo el mundo.

Para mí era un día distinto a los demás.

Eché a andar hacia el apartamento de Morton rechinando los dientes. Nunca antes había experimentado tanta ira.

CAPÍTULO VIII

Por el camino compré un par de periódicos del día, entré en un bar y pedí café, sólo como pretexto para tener un lugar tranquilo donde dar un vistazo a las noticias.

Las que se referían al atentado contra la muchacha apenas eran escuetas reseñas, sin adornos ni sensacionalismo. Nadie daba la menor importancia al hecho de que unos desalmados hubieran disparado un montón de tiros contra una muchacha indefensa.

Eso también era como para pensarlo con calma.

Por el contrario, y a pesar del tiempo transcurrido, aún seguían sacándole jugo al asalto al furgón blindado, del que el teniente Parris nos había hablado.

Claro que dos millones de dólares sí eran importantes para la sociedad. Y las vidas de tres guardianes, sacrificados inútilmente al altar de la violencia.

Según los periodistas, la policía tenía casi el convencimiento de que el asalto había sido obra de una reducida pandilla encabezada por un conocido criminal cuyo nombre no daban, pero al que se confiaba detener en las horas inmediatas. Le seguían la pista de cerca y su identidad sería hecha pública muy pronto.

Todo esto no tenía ningún interés para mí.

Me tomé el café distraídamente. Tiré los diarios a un lado, pagué y volví a la calle.

Las aceras estaban llenas de gentes apresuradas, una multitud con sus problemas cotidianos y minúsculos si los comparaba con los míos.

Se me ocurrió que entre tanta gente cualquier pistolero podría seguirme fácilmente sin ser advertido, pero no creía que intentasen nada contra mí en pleno día y en medio de un gentío.

Encontré a Morton plantado delante de su cuadro. Fantásticas formas tomaban cuerpo en el lienzo entre un loco estallido de

colores. Si aquello era pintura yo me sentía capaz de emular a Rembrant.

—¿Cómo está la chica? —me preguntó ladeando la cabeza.

Se lo dije y pareció alegrarse de que hubiera una esperanza.

Cambió de posición para estudiar su obra desde todos los ángulos. Gruñó entre dientes, volvió a su lugar primitivo y ladeó el cuello.

Fui a tumbarme sobre la estrecha cama sin que me hiciera el menor caso. Como siempre que se decidía a emplearse a fondo en su trabajo, quedaba tan prendido de él que su abstracción era total, absoluta.

Pero esta vez las cosas iban a ser diferentes.

—Escucha, Morton.

—¿Qué te pasa?

—¿Sabes dónde puedo comprar una pistola?

Giró sobre los pies igual que una peonza. Me miró con una cómica expresión de perplejidad en la cara.

—¿He oído bien, quieres comprar una pistola?

—Tú conoces toda clase de gente, sabes todos los agujeros de esta ciudad. Tienes que saber dónde comprar una pistola en buen uso.

—¡Que me ahorquen! ¿Qué pretendes, salir a la calle soltando tiros?

—Poco más o menos, eso es lo que pienso hacer si vuelvo a tropezarme con esos malditos asesinos.

—Me resisto a creer que seas tú quien habla de ese modo. Creo que quieres salir del cascarón demasiado aprisa.

—No quieras dártelas de chistoso conmigo. Éste no es un asunto como para tomarlo a broma.

—Está bien, lo tomaré en serio. Pero yo tengo un buen revólver. ¿No te parece suficiente?

—¿Cómo voy a llevar encima ese trabuco, hombre? Abulta tanto que hasta un ciego se daría cuenta de que lo llevo. Tiene que ser un arma más discreta.

Aún me observó dubitativamente, como preguntándose si tendría que habérselas con un demente. Acabó por echarse a reír y asintió con una cabezada.

—Muy bien, Bob, veré si encuentro lo que necesitas, aunque no

podrá ser hasta última hora de la tarde. Pero dime una cosa: ¿Has disparado una pistola alguna vez?

—No, nunca.

—Ya lo imaginaba. Debes haber perdido la chaveta... En fin, tú sabrás lo que haces. Ahora déjame trabajar en paz antes que estropees mi inspiración.

—No me digas que para embadurnar una tela a zarpazos se necesita inspiración.

—Tú qué sabes de estas cosas. Ni de ninguna, dicho sea de paso.

Quedamos así. El siguió pintando y yo cerré los ojos. Cuando me quedé profundamente dormido no hubo ninguna pesadilla que turbara mi sueño.

Era noche cerrada cuando Morton entró en el estudio y anunció a gritos:

—¡Lo he conseguido!

Me levanté de un salto.

El mostró un envoltorio y de él sacó un revólver pavonado. Era más pequeño que el utilizado por los pistoleros. Tenía un cañón muy corto, quizá una pulgada de longitud.

Morton dijo:

—Es un Colt Cobra del 38. Lo mejor que he podido encontrar, muchacho.

—Los de aquellos criminales eran más grandes. Una automática enorme.

—Sería una 45, pero con éste tienes más que suficiente para mandar al infierno al más recalcitrante pistolero. Si aciertas a dispararlo, cosa que dudo.

—Si llega la ocasión lo haré.

—Bueno, pero ten cuidado porque está cargado, yo mismo llené el tambor. Y he traído una caja de cartuchos también.

Los siguientes minutos los pasó enseñándome el manejo, mostrándome el seguro y el modo cómo se cargaba.

Mi mano temblaba un poco cuando me hice cargo del arma. Pero la sostuve un rato para familiarizarme con su peso. Después lo guardé en el bolsillo trasero del pantalón.

Morton aún me recomendó:

—Si la policía te lo encuentra y no sé una maldita palabra de ese chisme. Tú verás la historia que les cuentas.

—Ya me apañaré, pero quien me gustaría que lo descubriera es el bastardo que disparó contra Janina.

Sus pupilas se achicaron cuando me las clavó en la cara.

—Estoy asombrado del modo cómo has cambiado, muchacho. Y preocupado también, lo creas o no.

Descolgué la chaqueta y me encaminé a la puerta, pero él me detuvo antes que saliera.

—¡Espera un minuto! ¿Adónde vas?

—Al hospital.

—¿Otra vez?

—Quiero saber cómo está Janina.

—No me tomes por más tonto de lo que soy. Eso puedes averiguarlo con una llamada por teléfono. ¿Qué tienes entre ceja y ceja?

Dudé entre decírselo o no, pero acabé por confesar:

—Tengo la esperanza de que haya alguno de esos pistoleros vigilando el hospital.

Casi saltó hasta el techo.

—¿Que tienes la esperanza de...? ¡Tú estás loco!

—¿No lo comprendes? Ellos habrán leído los periódicos. Sabrán que la muchacha vive y que si habla están perdidos, de modo que lo más probable es que vigilen el hospital esperando una oportunidad de rematarla.

—¿Y piensas evitarlo? Déjame decirte que tienes menos seso que un mosquito. Si te localizan acabarán contigo en un abrir y cerrar de ojos. Eres un novato con un arma en la mano y ellos son profesionales del crimen. ¿Tan difícil es que entiendas una cosa tan sencilla?

Le sostuve la mirada serenamente. Gruñó entre dientes y acabó cediéndome el paso.

—No se saca nada discutiendo con un sentimental. Estás pensando solo en esa chica, ¿no es cierto?

—Sí.

Se encogió de hombros.

—Alguna vez tenías que salir del cascarón. Ten cuidado.

Eso fue todo. Abandoné el estudio alegrándome de tener un amigo como aquél.

Un taxi me llevó al hospital en unos minutos. Cuando me apeé

frente a la entrada esperé a ver alejarse el coche y entonces miré en torno.

Había poca gente a semejantes horas, y nadie parecía interesado ni por mí ni por la iluminada entrada del gran edificio.

Entré y la enfermera del registro me miró intrigada cuando le dije lo que quería. Descolgó un teléfono y habló con alguien. No pude captar una sola palabra de lo que dijo.

Colgó al fin y murmuró:

—Puede pasar, señor Larsen. ¿Conoce el camino?

—Sí, gracias.

Hubo nuevas dificultades con los dos guardias apostados en la puerta de la habitación. Hube de identificarme, responder a sus preguntas, y luego uno se fue a telefonear.

Cuando regresó hizo una seña de asentimiento con la cabeza y su compañero abrió la puerta.

La enfermera de servicio levantó la cabeza al verme. Se apartó un poco, cediéndome su sitio junto al lecho.

Janina estaba exactamente igual que en mi primera visita. No parecía haber movido ni un cabello y su aspecto era más de cadáver que de ser vivo.

—¿Cómo está? —pregunté en un susurro.

—Muy grave.

—Pero ¿se salvará?

—Ni los médicos se atreven a pronunciarse al respecto.

Eso no era ningún consuelo para mí, pero no tenía nada más a que agarrarme, de manera que permanecí unos minutos más allí, quieto, mirando la blanca cara de la muchacha, llenándome de ella como si quisiera estar seguro de no olvidarla.

Al fin abandoné la habitación y los guardias me siguieron con la mirada hasta que doblé el recodo.

Me detuve en la acera, bajo la catarata de luz de la marquesina que ostentaba el nombre del hospital. Encendí un cigarrillo y me obligué a permanecer allí más de un minuto, fumando y viendo los escasos viandantes que cruzaban apresurados.

Si había algún pistolero oculto en las inmediaciones tenía tiempo sobrado de haberme reconocido.

Eché a andar y entonces hice un descubrimiento: las piernas me temblaban.

CAPÍTULO IX

A medida que caminaba el miedo crecía, pero en compensación también crecía mi firmeza en cuanto al propósito de enfrentar de cara otro eventual ataque de los pistoleros, sobre todo desde que había vuelto a ver a la muchacha.

No volví la cabeza ni una sola vez. Si me seguían quería darles la certeza de que no lo sospechaba siquiera. Eso les confiaría.

Sin embargo no dejaba de estar atento a los coches que circulaban pegados a la acera. En un momento determinado cambié el revólver de bolsillo, colocándolo en el de la chaqueta. Dejé allí la mano y ya no cesé de empuñarlo.

Notaba una sensación extraña al empuñar el arma. Era como una exaltación, una sensación de ligereza, de poder, igual que si de repente hubiera adquirido más estatura y fortaleza.

Así anduve dos o tres calles hasta doblar por la 21 hacia Gramercy Park. Entonces un coche me adelantó, aflojó la marcha como si buscara un lugar donde aparcar y finalmente se detuvo en doble fila.

Mi corazón dio un vuelco, pero me obligué a continuar andando al mismo paso, sin volver la cabeza ni mirar al auto parado allí con las luces apagadas.

Lo rebasé y nada sucedió. Empezaba a creer que mis temores eran infundados cuando escuché los pasos de un hombre detrás de mí.

Apreté la culata del revólver. Los pasos ganaban terreno, aunque no eran apresurados. Los seguí escuchando a medida que se acercaban sin dar muestras de nerviosismo, pero mis nervios estaban en realidad tan tirantes que me harán daño.

Al fin sonaron tan cerca que empecé a volver la cabeza. Justo en aquel instante una voz bien conocida me ordenó:

—Sigue andando, Larsen, y párate junto a la pared, al lado del

anuncio de esa farmacia. Tienes un revólver apuntado a las costillas.

Obedece. El temblor de mis piernas se extendió al resto del cuerpo. Cuando me detuve junto a la cerrada farmacia el hombre se quedó pegado a mí y noté la presión de su arma contra mi costado.

Era Sammy Kinnoul.

Dijo con sarcasmo.

—Volvemos a vemos, pichón. Estuviste a punto de estropear todo el asunto.

—¿Qué... qué se propone?

—¿Necesitas que te lo cuente? Tienes una memoria fatal.

El coche con las luces apagadas se deslizó pegado a los otros que estaban aparcados. Lo vi por el rabillo del ojo como se detenía al fin a nuestra altura.

Kinnoul siguió hablando:

—Ahora dirígete al coche y no alborotes. Te aseguro que si he de disparar nadie podrá salvarte esta vez.

Tardé un poco en moverme, como si me faltaran las fuerzas. En realidad, dudaba de que mis piernas obedecieran.

Sammy hizo lo que yo imaginaba, empujarme con su revólver y avanzar unos pasos al mismo tiempo. Me resistí aún, de manera que él quedó delante de mi mirándome con ojos burlones.

—¿Qué te pasa, esperas que te lleve en brazos? —cacareó, seguro de sí misma.

Estaba entre yo y el coche.

Entonces disparé a través del bolsillo. Sus brutales facciones sufrieron un terrible cambio en una fracción de segundo. Asombro, dolor, incredulidad ante lo que pasaba. No podía, creerlo, y aún estaba allí, mirándome con ojos desorbitados, cuando disparé por segunda vez.

Los del coche debieron creer que era él quien estaba metiéndome plomo en el cuerpo, porque no hicieron nada por intervenir hasta que su cómplice se derrumbó hacia atrás empujado por mi segunda bala.

Yo también me dejé caer al suelo al tiempo que sacaba el revólver del bolsillo. Ellos dispararon entonces, sólo que sus proyectiles pasaron por encima de mí.

Me agazapé como un gusano detrás del cuerpo inerte del

pistolero. Oí cómo el motor del coche aceleraba la marcha, pero incluso mientras se alejaba siguieron disparando. El corpachón de Kinnoul acusó algunos impactos.

Asomé el revólver y la nariz por encima de él y les devolví el fuego, aunque me parece que no acerté ni un disparo. No era lo mismo pegarle dos tiros a un hombre a dos pasos que hacerlo contra un auto a toda velocidad y desde el que podían volarme la cabeza.

El coche ya había desaparecido cuando me levanté de un salto. Un sudor helado se deslizaba por mi espalda, y el pecho me dolía tanto como si me hubiesen clavado de nuevo una bala.

Eché a correr alejándome de aquellos contornos. El dolor en el pecho se agudizó hasta extremos lacerantes y noté correr la sangre por mi piel. La herida debía haberse abierto con los movimientos violentos y el golpe contra el suelo cuando me tiré de bruces en la acera.

Cuando llegué al estudio de Morton apenas podía sostenerme de pie.

Mi compañero dio un salto al verme.

—¿Qué diablos...? ¡Tienes sangre en la camisa!

—Ya losé.

—¡Han vuelto a herirte!

—No, la herida sangra otra vez, eso es todo.

Me derrumbé sobre la cama y él se inclinó sobre mí. Me quitó la camisa y gruñó:

—Se te ha abierto la cicatriz Intentaré curarte, pero quiero saber en qué otro lío te has metido.

Le conté lo sucedido mientras él intentaba cortar la sangre. El sacudió la cabeza.

—Apenas puedo creer que hayas matado a ese hijo de su madre... Tú, una especie de ciudadano modelo...

—Hay que llamar al teniente, Morton.

—¿Para qué?

—¡Maldita sea! Es preciso que sepa lo que ha pasado.

Empezó a vendarme con dedos torpes y masculló:

—Y te verás metido en el peor lío de tu vida. Habrás de demostrar que disparaste en legítima defensa, te obligarán a explicar por qué llevabas un revólver en el bolsillo y de dónde lo

sacaste, y al final alguien te cargará con el fiambre. Créeme, cierra el pico y déjalos que ellos se devanen los sesos. Para eso cobran, además.

—Pero descubrirán que se trata de Kinnoul y el teniente Parris lo relacionará conmigo.

—Déjale que lo haga. Puede haberle liquidado cualquier pistolero de otra pandilla rival, o puede haber sido víctima de una venganza, vete a saber. De lo que sí estoy seguro es de que Parris no sospechará ni remotamente que te lo has cargado tú. El sigue creyendo que eres el tipo más inofensivo de la creación.

—Quizá tengas razón.

—¡Claro que la tengo! Todo lo que debes hacer es decir que al salir del hospital has regresado aquí. Eso si te preguntan.

—Lo haré, pero no me parece siquiera correcto.

—¡Correcto! —barbotó—. Ya me dirás qué hay de corree to en esos bastardos que intentan matarte.

Terminó con el vendaje y fui en busca de una camisa limpia.

El me aconsejó:

—Cámbiate también el traje, por si el teniente decide aparecer por aquí haciendo preguntas. A propósito, ¿viste cuántos hombres quedaban en el coche?

—No estoy seguro, pero me parece que sólo dos. Uno al volante y otro en el asiento trasero. Fue el que disparó.

Me cambié de traje apresuradamente, y luego, sin ponerme la chaqueta, me derrumbé de espaldas sobre la cama.

Morton masculló, sombrío:

—Ahora ya saben que vas armado y que no podrán cazarte como a un pardillo indefenso. Habrán de cambiar de sistema la próxima vez.

—Seguro, aunque falta saber cómo lo harán.

—Eso es difícil de saber, aunque lo más seguro es que disparen sin más, antes que puedas responder al fuego.

—No lo creo, Morton. A juzgar por lo que dijeron la noche que iban a matarme, no pueden dejar mi cadáver en la calle.

—Tonterías. Si quieren verte muerto les importa un maldito cuerno donde caigas.

Encendí un cigarrillo y los dos permanecimos mudos un buen rato, cada uno ocupado con sus propios pensamientos.

Después, alguien llamó a la puerta y Morton dio un salto.

—Seguro que es la policía. Esconde el revólver junto al mío, rápido.

Lo hice, y él abrió dejando paso al teniente Parris.

El policía tenía una cara de cansancio que daba grima.

—Bueno, ¿sabe usted la hora que es, teniente? —Fe reconvino Morton.

—No me lo recuerde, porque preferiría estar en la cama. Quiero hablar con su amigo Larsen.

Avanzó hasta donde yo estaba sentado en la cama.

—¿Tiene alguna buena noticia teniente? —te solté.

—Para usted puede que sea buena. ¿Dónde estuvo esta noche?

—En el hospital.

—Eso ya lo sé. ¿Y al salir de allí?

—He vuelto aquí directamente. ¿Qué pasa, Parris?

—Hubo un poco de ruido cerca de Gramercy Park. Quiero que venga usted conmigo para una identificación.

Me levanté apresuradamente.

—¿Han detenido a alguien, alguno de aquellos pistoleros? —No, pero hemos encontrado a Kinnoul. Alguien le llenó el cuerpo de plomo.

—¿Muerto?

—Tanto como mi tatarabuelo. Vamos, coja su chaqueta y acompañeme.

Morton terció.

—¿Saben quién se lo ha cargado?

—No, aún no. Pero sea quien sea ha querido asegurarse de que no volvería a respirar.

Me encaminé a la puerta y antes de salir dije, siguiendo con el papel que Morton me había asignado:

—No creo que me impresione demasiado ver ese cadáver... Nunca olvidaré que él iba a matarme a mí.

—Tengo el coche abajo. Volveré a traerle cuando terminemos.

Nos fuimos escaleras abajo. No volvió a despegar los labios hasta que ya estuvimos en marcha.

Entonces preguntó:

—¿Nadie intentó seguirle al salir del hospital?

—Yo no vi nada sospechoso.

—No lo comprendo... Es todo muy raro en este maldito asunto.

Se quedó refunfuñando mientras conducía, pero eso fue todo.

El depósito de cadáveres era un lugar deprimente, con su terrible hedor a formaldehído y desinfectantes. Pero resultaba peor todavía la sala donde estaban alineadas las mesas de mármol.

Había tres ocupadas por otros tantos cadáveres cubiertos por sábanas blancas. Uno de ellos tenía los pies al descubierto y en uno de ellos, sujeta al dedo gordo, colgaba una etiqueta.

Un par de hombres con batas blancas se movían de aquí para allá, sin mucho entusiasmo.

Parris habló con ellos brevemente, me señaló con un gesto y le indicaron una de las mesas.

—Acérquese, Larsen...

Él retiró la sábana lo justo para descubrir la cara del pistolero muerto.

—¿Y bien?

—Es él, teniente. Kinnoul.

—¿Seguro?

—Sin ninguna duda.

Volvió a cubrir aquel rostro crispado por la muerte y se frotó las manos con un gesto inconsciente.

—Bien —rezongó—, no puedo decir que lo lamento, pero no nos ayuda a resolver el problema. Ese tipejo, muerto, no nos sirve de nada.

—Pero es uno menos, teniente. Jamás pensé que me alegraría la muerte de un ser humano.

Me observó con suspicacia. Acabó sonriendo cansadamente.

—Cierto, es uno matos. Imagino que eso representa un alivio para usted. Vamos, salgamos de aquí.

En la acera encendió un cigarrillo y suspiró.

—Nuestra única esperanza es que Janina Farraro recobre el conocimiento y pueda hablar. Le confieso que sin ella no veo forma de aclarar este maldito lío.

—Dudo que lo recobre algún día. Cuando estuve a verla seguía tan inconsciente como la primera vez. No había reaccionado.

—Cualquiera sabe. De cualquier modo pasarán algunos días antes que pueda hablar, si reacciona.

Pensé que en esos días podía suceder cualquier cosa.

Incluso Janina podía morir.

Rechiné los dientes lleno de cólera. Entré en el coche y el policía lo apartó del estacionamiento, aceleró y dijo:

—Daré instrucciones para que le dejen verla una vez al día, sin necesidad de retenerle ni pedir instrucciones. ¿Está bien?

—Gracias, teniente.

Me miró por el rabillo del ojo. Sonrió y ya no habló más en todo el trayecto.

Yo tampoco tenía ganas de hacerlo. Pensaba en Janina, en los pistoleros, en la razón de todo lo que sucedía.

Y en lo fácil que era matar a un hombre.

CAPÍTULO X

Me despertó Morton apenas amanecido. El estudio olía a café recién hecho.

Parpadeé y miré asombrado la pálida luz que penetraba por la cristalera del techo.

—¿Qué pasa?

El dijo como si tal cosa:

—Vamos a ir de excursión.

—¿Te ha dado de repente, o estás así de loco todos los días?

—Más o menos.

Preparó el café en dos grandes tazas. Salté de la cama y lo paré cuando regresaba a la diminuta cocina.

—Espera un minuto. ¿Qué es eso de una excursión?

—Saldremos de la ciudad. Iremos al norte, a los bosques.

—¡Maldita sea! ¿Para qué? Eso es lo que quiero saber. —Meneó la cabeza pacientemente—. Hay gente que hace excursiones sólo para mantenerse en forma, Bob, pero nosotros iremos al bosque para algo más que para cuidar la salud. Quiero que hagas prácticas con el revólver.

No me caí de espaldas de milagro.

—¿A qué viene eso? No pienso ganar un concurso de tiro.

—Pero sí quieres conservar el pellejo, ¿no es cierto? Entonces necesitas saber disparar rápido y con seguridad, sin vacilaciones. Y la única manera de conseguirlo es practicando.

Iba a replicar cuando sonó el teléfono.

Lo descolgó de un manotazo.

—¡Hable! —gritó.

Escuchó y le vi ponerse rígido.

—¿Quién es usted? —indagó—. Eso no me aclara nada... Está bien, ahora se pone.

Cubrió el auricular con la mano y murmuró:

—Quiere hablar contigo. Un tipo que no quiere dar su nombre.

—Hable sea quien sea —dije a mi vez por el aparato.

—¿Es usted Larsen?

—Sí.

—Quiero hacerle ganar cien mil dólares.

Quedé mudo. Miré a Morton estupefacto, pero él se encogió de hombros.

La voz del teléfono insistió:

—¿No me ha oído? Va a ganar cien mil dólares si acepta un trato conmigo.

—Siga hablando, pero a menos que me diga quién demonios es usted pierde el tiempo.

—Eso apenas importa. Tan pronto supe que le habían despedido del banco cambié de planes.

No entendía nada.

—¿Qué planes?

Se rió de una manera que daba grima.

Y entonces dijo algo que me dejó paralizado de estupor.

—Antes le quería a usted muerto. Ahora me interesa vivo. Es así de sencillo.

—¡Maldito sea! De modo que fue usted quien envió a los pistoleros contra mí...

—Exacto.

—¡Y pretende hacer un trato! ¿Por qué clase de imbécil me toma?

Morton pegó su cabeza a la mía intentando oír lo que se dijera por el auricular.

—No sea tonto, Larsen. El hecho de que le hable sin rodeos le demuestra mi sinceridad. Le necesito vivo ahora. Por otra parte imagino que no tendrá mucho dinero, y la gente del banco le han dejado en la calle. Le ofrezco la oportunidad de ajustarles las cuentas.

—¿Cómo, asaltando el banco?

—Nada de asaltos. Para eso le necesito a usted.

—Antes me necesitaba muerto.

—¡Le repito que todo ha variado! —El tipo empezaba a impacientarse—. Habrá cien mil para usted y no tendrá que correr ningún riesgo.

—Eso huele a encerrona a mil millas de distancia.

—Es lógico que desconfíe, lo comprendo. Pero sólo piense que en toda su vida podrá reunir cien mil dólares libres de impuestos. Además, podrá vengarse de los que le echaron a puntapiés.

—Eso me gustaría.

Creí percibir un suspiro de alivio al otro extremo del hilo. La respiración de Morton cosquilleaba mi cara.

Mi desconocido comunicante añadió:

—Tan sólo deberá facilitarme detalles del banco, dibujar un plano de los sótanos y marcar con exactitud los sistemas de alarma. Usted conoce todo eso y mucho más.

—Ya veo.

—Es todo lo que espero de usted a cambio de cien mil dólares.

—Y antes, ¿qué pretendía?

—Oh, eso. Ni siquiera pienso en aquella tontería. Ya no importa ahora.

—Supongamos que acepto. ¿Cómo he de facilitarle todos esos datos?

Tardó en replicar. Aparté un poco el auricular del oído para que Morton captara la voz con más facilidad.

—Habría de reunirse conmigo, naturalmente —dijo al fin mi desconocido—. Le doy mi palabra de honor que no correría ningún peligro.

—¿Espera que le crea?

—Creerme le reportará una fortuna, es así de sencillo.

—Resumiendo, usted me ofrece cien mil dólares a cambio de que yo le facilite la tarea de desvalijar el banco. ¿Es así?

—Exacto.

—Quiero pensarlo con calma. No es una decisión fácil.

—Lo comprendo.

—Pero si acepto no espere que me deje cazar como un pajarito. He aprendido bastante, amigo.

—Eso lo creo.

—¿Dónde nos veríamos en caso de aceptar?

—Se lo diré esta noche, cuando vuelva a llamarle alrededor de las nueve. Pero no intente meter a la policía en este negocio, Larsen, porque no resultaría. Aunque usted no lo advierta, está vigilado continuamente.

—Si decido aceptar nadie meterá baza en este negocio. Cien mil dólares son una buena razón para ser discreto.

—Muy bien, Larsen. Le llamaré esta noche.

Colgó sin más y yo hice lo mismo.

Junto a mí, Morton gruñó:

—Sería más fácil para ti pegarte un tiro. Por lo menos podrías suicidarte sin tantas complicaciones.

—No pienso suicidarme de ningún modo. Ni tampoco creo una palabra de lo que ha dicho ese individuo. Él debe saber que un simple empleado de banco no conoce los mecanismos de alarma, ni las combinaciones de las cajas acorazadas ni posee dato alguno que le permita desvalijarlo.

—Entonces, ¿por qué le has seguido el juego?

—Porque pienso que ésta es la única manera de tener cara a cara el maldito bastardo que dirige todo este juego.

—¡Tú y tus grandes ideas! ¿Qué crees que sucederá cuando estés cara a cara con ese tipo?

—Prefiero no pensarlo, pero también estaba delante de Kinnoul, y él tenía la pistola en la mano y ahora está muerto. Empiezo a tener confianza en mis propias fuerzas, Morton. Y te confieso que no deja de sorprenderme porque es algo que no me había sucedido nunca.

—Y sería mejor que no te sucediera ahora. Espero que llames al teniente Parris por lo menos.

—No lo haré hasta saber exactamente el lugar donde me citarán.

—No serán tan cretinos de ponerse en tus manos de ese modo. Algo tendrán planeado.

No repliqué. No quería discutir más con él por temor a que mi precaria decisión se desmoronara, de modo que me bebí el café frío y él siguió refunfuñando.

Más tarde se fue a comprar los periódicos del día y cuando regresó pude comprobar que del atentado contra Janina no decían una palabra.

Pero sí había una escueta nota dando cuenta del hallazgo del cadáver de un gángster llamado Sam Kinnoul. La policía lo achacaba a un ajuste de cuentas entre pandillas rivales.

También, aunque ya perdido en las páginas interiores, seguían ocupándose del robo del furgón blindado.

La policía había facilitado el nombre del cabecilla del grupo de pistoleros que lo habían llevado a cabo, un tal Hank Carnati que estaba siendo acorralado, ya que no había podido abandonar la ciudad.

Pensé que eso quizá sólo era una excusa de la policía para justificar su fracaso. De cualquier modo, se me antojó una solemne estupidez cometer aquel crimen para obtener un botín que no podrían disfrutar, ahora que la policía conocía la identidad de los asaltantes del furgón.

Tiré los periódicos a un lado y encendí un cigarrillo.

Morton luchaba otra vez con su pintura. Al parecer la inspiración se le resistía y no cesaba de mascullar entre dientes.

De vez en cuando abandonaba la paleta y los pinceles, llenaba un vaso de *whisky* y lo engullía como agua. No podía comprender cómo no reventaba después de cada enorme ración de alcohol.

Con ligeros intervalos, así transcurrió el resto del día. Salimos a comer sin que él se mostrara tan expansivo como de costumbre. Lo atribuí a que estaba inmerso en los problemas de su obra. Luego regresamos al estudio y él reanudó el trabajo.

Pasaban pocos minutos de las nueve cuando sonó el teléfono. Esta vez lo descolgué yo.

Era el misterioso comunicante.

—¿Larsen? —dijo.

—Sí.

—¿Conoce usted la calle Markam?

—No, pero la encontraré.

—Perfecto. El número once es una casa de dos plantas. Vaya allí tan pronto cuelgue el teléfono. Verá que hay luz en los bajos y la puerta estará abierta. Entre y espéreme, pero no me verá hasta que me haya asegurado de que no lleva usted cola. ¿Me comprende?

—No es difícil.

—Por última vez, no meta a la policía en éste negocio.

Colgó sin esperar ningún otro comentario por mi parte.

Anoté las señas en un papel y se lo entregué a Morton.

—Aquí debo encontrarme con él. Ha dicho que antes de aparecer se asegurará de que nadie me ha seguido ni acompañado.

—Era de esperar. Sin duda sus hombres vigilarán los alrededores. ¿Sigues dispuesto a poner el cuello en esta trampa?

—Ya no puedo volverme atrás. Ni quiero.

—Está bien, es tu cuello en todo caso. Pero déjame decirte que es un riesgo inútil. Si esperas que la chica recobre el conocimiento todo se aclarará sin necesidad de jugarte la vida.

—Eso también es problemático. He pensado mucho sobre eso.

—¿Y qué?

—Ella puede morir sin recobrar el conocimiento. O incluso es posible que no conozca al jefe de esta pandilla, porque ese individuo no es ningún tonto. Tal vez quienes la obligaron a intervenir fueron algunos de los pistoleros, y si fuera así no adelantaríamos nada.

—Es posible, claro. Pero por lo menos llama al teniente. A él es posible que se le ocurra algo para cazarlos.

—Y nuestro hombre no aparecería. Lo dijo muy claro.

Acabó encogiéndose de hombros.

—Como quieras.

Abrió el baúl y me entregó mi revólver. Nos miramos fijamente unos largos instantes, él con su vieja reliquia del Oeste en las manos, como si la acariciara, y yo sujetando el 38 en las mías.

Sólo dijo:

—Suerte, amigo.

Salí apresuradamente. Mientras descendía las escaleras pensé que si lograba regresar al estudio de una pieza lo celebraría bebiéndome uno de aquellos gigantescos vasos de *whisky* que mi amigo preparaba, aunque después cayera redondo al suelo.

Porqué, lo crean ustedes o no, jamás había probado el *whisky*.

Así había sido yo antes de todo aquel tremendo embrollo.

CAPÍTULO XI

Era una casa con la fachada llena de desconchados y había luz en las ventanas de la planta baja. El resto estaba a oscuras.

Cuando la empujé, la puerta cedió sin dificultad y me encontré en un zaguán oscuro como la tinta, pero al fondo brillaba una línea de luz por debajo de una puerta cerrada.

La abrí y apareció una habitación desierta, sin un mueble, sólo una solitaria bombilla colgando del techo. La atravesé hacia el fondo y empujé otra puerta descolorida.

Otro cuarto iluminado. En éste había un par de sillas viejas, una mesa y un camastro de muelles sin colchón.

Me instalé allí dejando pasar los minutos con un creciente nerviosismo en mi interior. También el miedo crecía, empujándome a salir corriendo de allí antes de que fuera demasiado tarde. Una y otra vez pensaba que si aguardaba la llegada del hombre que me había citado jamás volvería a ver la luz del sol.

Pero también pensaba que era el responsable de que Janina estuviera muriéndose, y de que yo mismo me encontrara hundido en una situación imposible, así que luché contra el pánico y logré soportar la tensión hasta que unos pasos resonaron en la casa.

Instintivamente mi mano buscó el contacto del revólver, pero la retiré antes de que el hombre hiciera su aparición.

Sin embargo no era el que yo esperaba. Quien apareció bajo el marco de la puerta fue el tipo llamado Booth. Llevaba las manos en los bolsillos y se quedó parado allí, mirándome completamente tranquilo.

Al fin avanzó, comentando:

—Confieso que no esperaba que nos encontrásemos en estas circunstancias.

—Ya sé que esperaba verme frente al cañón de su pistola. ¿Dónde está el hombre que habló conmigo por teléfono?

—El adopta algunas precauciones, Larsen. Oiga, ¿fue usted el que disparó contra un coche y mató a Stanley?

—Sólo hablaré con su jefe, Booth, así que llámelo y dígame que no estoy rodeado de policías ni hay nadie conmigo. Eso quizá le tranquilice lo bastante como para decidirle a salir de su escondrijo.

—Habla más que un predicador. Supongo que si se ha decidido a venir ha sido porque lleva un arma. ¿Me equivoco?

—Piense lo que quiera, pero estamos perdiendo mucho tiempo.

Consultó su reloj, hizo una mueca y sacó un cigarrillo.

—Hay que esperar —dijo—. No se ponga nervioso.

Encendió el cigarrillo y se recostó contra la pared, al lado de la puerta.

Un buen rato después mis nervios estaban tan tirantes que no pudo soportar más el silencio.

—¿Qué diablos estamos esperando?

—La hora de la cita. Tómelo con calma. Pronto nos iremos de aquí.

—¿Qué?

—Se entrevistará con el patrón en otro sitio.

—¡Maldita sea! Quedamos en vernos aquí. Yo he jugado limpio hasta ahora.

Se encogió de hombros sin alterarse.

—El cambio de planes a última hora, por si alguien le seguía a usted. Es todo lo que voy a decirle.

Volvió a mirar su reloj y siguió apurando su cigarrillo.

Minutos después se enderezó.

—Vámonos, Larsen —dijo.

—Antes quiero saber a dónde vamos.

—Lo verá cuando lleguemos, de todos modos es aquí cerca. Ni siquiera necesitamos el coche.

Titubeé. El miedo volvía a hacer presa en mis nervios.

—Está bien, Booth, espero que ésta sea la última tontería que se les ocurra.

Le seguí a la oscura calleja, un tanto sorprendido de que se mostrara tan razonable. Ni siquiera la idea de que yo podía llevar un arma en el bolsillo parecía inquietarle.

—Dígame una cosa, Booth —fe interpele mientras caminábamos en la oscuridad—, ¿ya no desea matarme?

—Usted no entiende nada, compañero. No me importa despacharle si el jefe lo ordena, pero no es nada personal. Si él dice que usted debe seguir respirando... Bueno, sigue respirando. Si dice que hay que liquidarle, le liquido. Nada más.

Quedé sin aliento. Era un razonamiento elemental y bárbaro, pero que a él debía parecerle el no va más de la inteligencia. No pude replicar una palabra.

La casa delante de la que nos paramos era la última de la calle, oscura y sombría. Cerca pude oír el rumor del río, el sordo chapoteo de las aguas contra los muelles.

—Entre —ordenó el pistolero—, ahora ya no tendrá que esperar mucho.

—¿Es que tampoco está aquí?

—Adentro, compañero.

Me empujó hacia la oscuridad y entonces noté el duro contacto del cañón de su pistola contra mi espalda.

—No se alarme, Larsen, sólo voy a quitarle las armas, si las lleva. No quiero hacerle ningún daño.

Se apoderó de mi revólver sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Un instante después encendió la luz y me encontré en una estancia peor aún que la otra.

Siéntese ahí Larsen. Ya no puede tardar en llegar.

Y volvía a mostrar las manos vacías. Yo estaba cada vez más asustado, pero luchaba por disimularlo.

Acerqué una silla a la pared, me senté en ella y le espeté disgustado:

—Su jefe adopta demasiadas precauciones me parece a mí.

—Es un tipo importante.

—Espero que ahora alguien me aclare por qué querían matarme. Siento una enorme curiosidad por saberlo.

Le creo. Todo el mundo quiere saber por qué muere... Hubo otro largo silencio. Le vi consultar su reloj. Hizo una mueca y comprendí que él también comenzaba a impacientarse.

De pronto me espetó:

—Dígame, Larsen. ¿Tiene usted familia?

—No.

—¿Tuvo algún hermano?

—¿A qué viene eso?

—¿Los tuvo o no?

—Ninguno. Fui hijo único. ¿Por qué?

—Sería largo de contar. Ya lo sabrá más tarde.

—No entiendo una maldita palabra.

Otro largo silencio. Luego, cuando ya empezaba a desesperar, sonaron pasos en alguna parte y Booth se enderezó de golpe.

Empuñó su pistola, pegado a un lado de la puerta, y me advirtió:

—No se mueva.

Los pasos se detuvieron, muy cerca, y una voz indagó:

—¿Estás ahí, Booth?

—Seguro, patrón. Todo está bien.

Un hombre apareció en el umbral. Vi que detrás de él había otro, como guardándole las espaldas, intenté verle la cara, pero llevaba el sombrero sombreándola y la luz era escasa de modo que fracasé.

—¿Has tenido dificultades? —preguntó.

—Ninguna. Se ha portado muy bien, sólo que estaba impaciente por verte.

El hombre suspiró.

—Ojalá hubiésemos empezado todo esto utilizando más la cabeza y ahora todo estaría terminado. ¿Llevaba armas?

—Un revólver. Ahora está en mi bolsillo.

—Perfecto, Booth.

El individuo que continuaba para detrás de él dijo:

—Es mejor damos prisa, Hank.

—Hay tiempo. Creo que nuestro amigo debe saber quién soy por lo menos. Díselo, Booth.

Booth se echó a reír. Dijo con sarcasmo:

—Una presentación en toda regla. Tú ya conoces al señor Larsen. Señor Larsen, éste es Hank Carnati.

El nombre zumbó en mi mente tratando de abrirse paso en mis recuerdos. Booth continuaba riéndose entre dientes.

Carnati...

¡Los periódicos! Lo recordé todo: Carnati, el asalto al furgón blindado, el asesinato de los tres guardias, dos millones de dólares...

—Se ha quedado helado, jefe —cacareó Booth.

El asesino avanzó. Su guardaespaldas le siguió y ambos se

dejaron ver con más claridad. Carnati fue a pararse cerca de la luz. El otro quedó al lado de la puerta. Era un hombre de mediana estatura, fuerte y con un rostro pálido de ojos hundidos.

Carnati se quitó el sombrero y su voz destilaba sarcasmo cuando decidió:

—Ya es hora de que nos veamos las caras, Larsen. Usted me ha causado infinidad de problemas.

En el primer instante vi solamente unas facciones regulares, casi bien parecidas si no hubiera sido por la crueldad de su boca semejante a un tajo.

Luego empezó a invadirme una extraña sensación de irrealidad, algo jamás experimentado hasta entonces.

El empezó a sonreír.

—¿Va comprendiendo, Larsen?

Ciertamente, la comprensión estalló como un cohete en mi cerebro. La tierra pareció vacilar bajo mis pies, pero en realidad fueron mis piernas las que casi se doblaron.

Porque la cara que estaba contemplando era la mía.

No podía creerlo.

Era tan semejante que el mismo estupor me había impedido darme cuenta en los primeros segundos.

Sólo su expresión era distinta. No creo que yo hubiera expresado jamás tanta maldad como Carnati en aquellos momentos.

Ahora comprendía el interés de Booth por averiguar si había tenido hermanos. Yo mismo hubiese podido creerlo de no haber conocido perfectamente a mis padres.

Booth cacareó, divirtiéndose en grande:

—Por poco no se ha caído de espaldas.

—No es para menos —rió Carnati—. Ahora sabe ya por qué tiene que morir.

Tenía toda la razón del mundo. Yo comprendía al fin por qué aquellos asesinos querían verme muerto.

CAPÍTULO XII

—No estaba seguro de que acudiera a mi cita —dijo el criminal cuando se cansó de mi escrutinio—. Sólo cuando supe que le habían despedido del banco tuve esa idea, y ha dado resultado.

—Yo siempre dije que era un pardillo —comentó Boorh.

—No tan pardillo, cuando se cargó a Sammy en la calle y a Stanley en el coche. Lo que sí es un ingenuo. ¿Está todo preparado, Boorh?

—Seguro. La barcaza está amarrada al extremo del muelle.

—¿Provisiones?

—Para una semana como mínimo.

—¿Y lo demás?

—Todo está allí, no te preocupes.

—Cada vez que no me he preocupado de lo que hacía cualquiera de vosotros hemos tenido disgustos. No tienes más que mirar a ese estúpido, las veces que escapó cuando ya estaba en vuestras manos.

Eso hizo que Booth, cerrara la boca. Temía a su jefe sin ninguna duda.

Me esforcé por serenarme y cuando creí haberlo conseguido dije:

—Supongo que su gran idea es que matándome podrán hacer pasar mi cadáver por el suyo. Carnati.

—Ni más ni menos. Ése es el plan.

—Nunca lo conseguirá.

—Los polizontes pescarán su cadáver en el río y ni siquiera dudaran cuando les llegue la versión de que hubo divergencias en la pandilla. Nos peleamos por el botín, y a mí me arrojaron al río después de pegarme un par de tiros.

—Debe creer que los policías son idiotas. ¿Qué me dice de las huellas dactilares?

—Está todo pensado. Hay unos pececillos condenadamente voraces que en menos de media hora se zampan a un tipo dejando

los huesos pelados. Nosotros tenemos media docena en una pecera. Una vez muerto nos basta con sumergir sus manos en la pecera unos instantes y ya está. Los cerebros de la policía to achacarán a los hambrientos peces del río.

Era aterradora la frialdad con que lo habían planeado todo.

Desesperado, aún balbuceé:

—Si quiere hacer creer a la policía que hubo un tiroteo, nunca admitirán que sólo le mataron a usted. Y examinarán los proyectiles para identificar el arma... Siempre lo hacen.

—Está silbando en la oscuridad, amigo. Le repito por última vez que está todo calculado hasta el menor detalle. Los policías encontrarán el escenario preparado cuando sea el momento. ¿Scarbo?

El hombre que hasta entonces no había abierto la boca se irguió. Descubrí que tenía una extraña pistola en la mano. La levantó y supe que aquello era el fin.

Sólo que me equivoqué. La pistola giró un poco, sonó un chasquido y Booth dio un salto atrás con una expresión de supremo estupor en la cara.

Cuando cayó de bruces creo que aún no se había dado cuenta de que moría.

Yo estaba paralizado de horror, pero Carnati rió entre dientes y pensé que iba a ponerse a aplaudir.

—Un buen trabajo, Scarbo. Ahora ya sólo tenemos que hacer dos partes, y el pobre Booth convenceré a los polizontes de que fue aquí donde hubo el tiroteo.

Scarbo rezongó:

—¿Y a ése, qué?

—Lo llevaremos a la barcaza. Recoge el revólver de Booth. Cuando terminemos volverás a traerlo aquí para que los polizontes lo encuentren en su mano. Será el revólver que me habrá matado.

Scarbo hizo lo que le ordenaban y después, señalándome la puerta, ordenó:

—Muévete.

Salimos a la calleja. Vi un coche parado a corta distancia, pero para ese viaje no íbamos a necesitarlo. Carnati ordenó:

—Vigílalo. Dejaremos el coche ató para obsequio de los pies planos, voy a sacar la maleta.

Esperamos. La pistola equipada con silenciador no se apartaba de mi costado.

El asesino abrió el portaequipajes del auto y sacó una maleta negra. Tras esto vino a reunirse con nosotros.

—Ya podemos largarnos. Si ése intenta correr, mávalo.

—No iría muy lejos...

Me empujaron delante de ellos. Yo buscaba desesperadamente una salida, pero lo único que se me ocurría era arrojarme al agua a la menor oportunidad.

Sin embargo, a pesar del miedo, del auténtico pánico que sentía en aquellos momentos, era mayor aún la rabia que experimentaba. Eso era un consuelo después de todo porque borraba en parte el terror y la desesperación.

El muelle al que desembocamos poco después estaba desierto y oscuro. Descubrí la aplanada silueta de una barcaza como las había a cientos en los malecones. Las aguas del río chapoteaban contra el casco con un rumor sordo, de succión, nauseabundo si pensaba que habría de sumergirme en ellas.

Me obligaron a saltar sobre cubierta, detrás de Scarbo.

Luego lo hizo Carnati, siempre cargado con su maleta, que me mostró triunfalmente.

—¿Sabes lo que hay aquí dentro, desgraciado? —me espetó, satisfecho.

—Supongo que los dos millones de dólares...

—Y algunos más, producto de otros trabajos. Voy a ponerlos en lugar seguro, abajo. Tú lleva a nuestro amigo a la bodega.

—¿Cuándo piensas acabar con él? Ahora ya está todo a punto.

—Hay que hacerlo con la pistola de Booth, y no lleva silenciador, de modo que lo haremos por la mañana, cuando estemos lejos de los muelles.

—Bueno. Tú, baja por esa escalera.

Obedecí. Entonces supe lo que tenía que hacer.

La empinada escalerilla era estrecha, con peldaños de madera desgastada. Bajé sin prisas y Scarbo comenzó a descender también.

Ése fue el único error que cometió.

Llegué abajo y esperé hasta tener sus piernas al alcance de mis manos. Las agarré y tiré salvajemente de ellas apartándole los pies de los escalones.

Dio un grito y cayó como un fardo. Tuve el tiempo justo de apartarme de un salto, pero luego disparé un puntapié con toda la ira que me impulsaba y su cabeza rebotó contra las tablas. La pistola escapó de sus manos y fue a parar a un rincón.

Rugiendo, Scarbo empezó a incorporarse. Descargué mis dos puños juntos contra su nuca y otra vez su cara golpeó como un mazo contra el suelo.

Soltó un aullido y gateó. Fui tras él, pero revolviéndose me pateó las piernas tirándome de espaldas.

Se levantó antes que yo. Estaba como loco y gruñó:

—¡Te haré pedazos!

Su cara era un mar de sangre y su aspecto era aterrador. Le vi venir enarbolando los puños y retrocedí a saltos. Sus juramentos retumbaban sordamente en el estrecho espacio.

Al fin me cazó con un golpe de refilón que me hizo rebotar contra el mamparo de madera. Ni se detuvo. Como un búfalo enfurecido, se precipitó sobre mí. Le vi echar el brazo atrás y disparar su enorme puño.

Salté de costado y el puño retumbó contra la madera. Hubo un crujido y un estallido de sangre cuando el puño se hizo pedazos y él giró como loco, aullando. Si hubiese razonado habría recordado que aún tenía en el bolsillo la pistola de Booth y la lucha hubiera terminado con mi muerte.

Pero Scarbo no razonaba. Era poco más que una bestia sedienta de sangre.

Y creo que en aquellos momentos yo era poco más o menos lo mismo. Le vi encorvado, sujetándose la mano rota y sangrante contra el cuerpo y una vez más le descargué un puntapié con todas mis fuerzas.

Se derrumbó dando tumbos, pero era fuerte y estaba loco de dolor y desesperación. Estuvo de pie en un segundo, justo cuando saltaba hacia él, así que lo tuvo fácil. Utilizó los pies igual que hiciera yo y me cazó entre las piernas casi partiéndome por la mitad.

Caí sintiéndome morir. Todo se oscureció a mi alrededor y cuando mi espalda golpeó el mamparo ya no pude sostenerme y caí al suelo hecho un ovillo, ahogándome de dolor, incapaz siquiera de gritar la agonía que sentía.

Scarbo saltó sobre mí y su puño sano me martilleó una y otra vez. Giré bajo los golpes, arrastrándome como un gusano. El gruñía igual que un animal, me insultaba y rugía y sus golpes me tiraban de un lado a otro como un muñeco.

Arrastrándome llegué al rincón y caí de bruces. Estaba acabado y casi deseaba acabar de una vez para escapar a la tortura de sus golpes, al dolor que me desgarraba empaparme el cuerpo.

Entonces algo duro se incrustó en mi estómago. Tanteé el suelo y mis dedos se cerraron en torno a la pistola de Scarbo.

Él estaba diciéndome:

—Voy a romperte todos los huesos, bastardo... maldito hijo de...

Levanté el cañón y disparé. El salto hacia atrás manoteando. Hice otro disparo y por un ínstame se abrazó a los escalones. Luego, con un extraño gorgoteo, cayó y quedó inmóvil.

Creo que durante unos minutos perdí el conocimiento, tanto era el dolor. Después pensé que debía darme prisa si quería escapar antes de que Carnati me cazara allá abajo, pero fui incapaz de moverme. Las piernas se negaban a obedecerme, de manera que continué rumbado allí, hecho un ovillo, ahogando los quejidos de dolor que pugnaban por escapar de mi garganta.

Aquella agonía se prolongó una eternidad. Después retumbó un estampido en alguna parte y oí los pasos de Carnati corriendo sobre mi cabeza.

—¡Scarbo! —urgió.

Hubo otro estampido, sordo, potente. Sobre la cubierta resonó un golpe fofo cuando Carnati se tiró al suelo y gritó:

—¡Scarbo, maldito seas!

Me arrastré hacia la escalerita y empecé a subir peldaño a peldaño, lacerado, dolorido, ahogando los alaridos que ansiaba soltar para aliviarme.

Asomé la cabeza a ras de cubierta, pero no pude ver al asesino por ninguna parte.

No obstante, desde el muelle retumbó aquella suerte de cañonazo y el plomo chascó contra la madera de la barcaza.

Sentí una inmensa sensación de alivio, una profunda gratitud también, porque aquél era el revólver de Morton sin ninguna duda. Los estampidos eran inconfundibles.

Carnati volvió a gritar.

—¡Scarbo! ¿Estás sordo?

La voz sonó más allá de un montón de encerados. Casi al instante resonaron allí también una sarta de disparos y vi llamear el arma del asesino.

Me arrastré por la cubierta rechinando los dientes.

En el muelle, Morton gritó:

—¡Bob! ¿Me oyes, estás bien?

—Ese imbécil... —D que gruñía Carnati.

Llegué a los encerados y me detuve. Desde allí tenía al pistolero delante de mi arma.

Y entonces no encontré fuerzas para dispararle por la espalda y matarlo como a un perro. Me llamé todo lo más insultante que pude recordar, porque yo sabía que él iba a matarme a sangre fría, sin una vacilación.

Pero no podía dispararle por la espalda sin más ni más, así que grité:

—¡Suelte el revólver, Carnati, esto se acabó!

Saltó en pie como impulsado por un resorte, volviéndose.

—¿Qué infiernos...?

Me vio agazapado allí y levantó la pistola. Mi dedo se tensó sobre el gatillo y justo en aquel instante el revólver de la orilla bramó una vez más y Carnati dio una voltereta como empujado por la mano de un gigante. Cuando rodó sobre cubierta vomitó un chorro de sangre y se quedó allí, despatarrado como una rana.

Me aparté de él temblando, con terribles ansias por vomitar. Estaba doblado sobre la borda cuando Morton saltó a bordo y me encontró.

Nos abrazamos, incapaces de articular palabra. Después empezaron a oírse las sirenas de la policía aproximándose con sus aullidos y él dijo:

—Te dije que estabas loco al meterte en esa ratonera, pero no podía dejarte tentar solo a la suerte. De modo que fui a la dirección que dejaste anotada en un papel, pero cuando llegué ya no había nadie.

—Me trasladaron a otra casa...

—Sí, ya sé. Os vi salir cuando ya me iba en busca de la policía, por eso pude llegar hasta aquí.

—Creo que nunca podré agradecerte bastante todo lo que has

hecho por mí.

—Olvidalo. Vamos a ocupamos de los policías.

Ya era hora, porque estaban saltando de los coches armados hasta los dientes.

Invadieron la barcaza exigiendo explicaciones. Encontrarse con dos cadáveres acabó de agrisarles la noche, así que empezaron a mostrarse muy rudos.

Morton, acorralado contra la borda, repitió una vez más:

—¡Dejen de acosarme, maldita sea! Llamen al teniente Parris, de homicidios. Este asunto le pertenece por entero.

Uno se fue hacia los coches para comunicar por radio, pero los demás se pusieron tan brutos que hube de explicar lo sucedido en la barcaza.

El propio Morton pegó un brinco cuando les hablé de la maleta negra y su contenido.

Me interrumpió excitado:

—¿Estás diciendo que «hemos» recuperado los dos millones de dólares del asalto al furgón blindado?

—Está abajo.

—¡Que me cuelguen!

Un par de agentes se precipitaron por la misma escalera que utilizara Carnati.

Regresaron poco después cargados con la maleta, que uno abrió para estar seguro del contenido.

La visión de aquella montaña de billetes les paralizó.

Morton boqueaba de entusiasmo Pegado a mi oreja murmuró:

—¿Sabes que hay una recompensa del quince por ciento del dinero recuperado?

—¿Estás seguro?

—Lo leí en alguna parte. Además, es lo que hacen siempre las compañías aseguradoras.

—Entonces somos ricos, pero no me hace feliz ese dinero. Estuvo a punto de costarme la vida. Y tanta sangre...

Nos dejaron en paz hasta la llegada del teniente Parris. A partir de aquel instante todo se precipitó y nos llevaron a la Central para prestar declaración en regla, con estenógrafo, oficiales entrando y saliendo del despacho del teniente, policías asomándose para vernos, a nosotros o a la maleta del dinero abierta sobre una

mesa...

Hasta las ocho de la mañana la cosa no se calmó un poco. Parris bostezaba descaradamente. Parecía más cansado y macilento que nunca.

Con voz perezosa gruñó:

—Debería encerrarles a los dos. Suelos son un peligro público...

Morton replicó:

—Es usted el tipo más desagradecido que he conocido nunca. Va a obtener un ascenso con la resolución de este caso, y ascenderá gracias a nosotros precisamente. ¿Qué más quiere?

—Eso está por ver.

Llamó a alguien por teléfono y le ordenó que se llevara la maleta repleta de fajos de billetes.

—No estoy seguro de resistir la tentación si sigo teniendo esta fortuna delante de las narices. ¿Qué tal si me acompañan a desayunar?

Morton aceptó encantado.

Yo dije:

—Esta mañana no, teniente. Quiero ir al hospital.

—Tiene tiempo sobrado. ¿Cree que la chica se largará ele allí sin despedirse?

—Bueno, no, pero...

—Tampoco tiene ninguna prisa para buscar otro empleo. Con la recompensa de la compañía aseguradora podrá tomarse unas vacaciones, así que no se hable más.

Fuimos a desayunar. A pesar de su cansancio, de nuestro nerviosismo y excitación, devoramos cuánto pidió Parris. Pero en esta ocasión nos obligó a pagar, y entre unas cosas y otras era casi media mañana cuando pude librarme de ambos para correr al hospital.

Tan pronto entré en la habitación el corazón me dio un vuelco y contuve el aliento. Janina tenía los ojos abiertos y me miró largamente, sin expresión alguna.

La enfermera se levantó, indicándole:

—Sólo un minuto, señor Larsen. Y no le permita que diga ni una palabra.

Se apartó para cederme su puesto junto al lecho. Janina ladeó un poco la cabeza y por primera vez sus ojos se iluminaron.

—Ya no tienes nada que temer —susurré—. Carnati y sus esbirros han muerto. Todo terminó. ¿Comprendes?

Parpadeó. Sus labios trataron de sonreír sin conseguirlo, pero la sonrisa estaba entonces en sus profundos ojos.

—Ahora todo está bien, Janina. Saldrás de aquí y yo estaré esperándote. ¿De acuerdo?

—Bob...

La enfermera exclamó:

—¡Silencio, no hable!

Tomé su mano entre las mías. Oprimí los dedos con ternura. Le debía la vida por encima de todo lo demás. Y no había podido quitármela del pensamiento.

Así que estaría esperándola hasta el fin del tiempo.

La enfermera me tocó el hombro.

—Es suficiente, señor Larsen. Por favor.

—Ya me voy.

Inclinándome la besé en la boca. No tenía fuerzas ni para besar, pero eso también cambiaría.

Retrocedí llevándome su imagen en las retinas. Ya nunca más olvidaría su rostro, sus ojos llenos de amor ni el cálido contacto de su piel.

Janina era mía, y yo había dejado atrás la rutina y la vida gris.

Era un hombre nuevo.

Tan nuevo como si hubiera resucitado.

FIN

GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS.....

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLENo

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 024127

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA



